AÑO IV — BUENOS AIRES, 29 DE JUNIO DE 1925 — N.o 179

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

GLOSARIO

MEJICO Y NORTEAMERICA

La incidencia entre estos países tuvo más resonancias de las adecuadas a su menor importancia. Si pernicioso es el reaccionarismo de Mr. Kellogg y de los que le sostienen, no es menos nefasta la obra de una demagogia disfrazando los fines autoritarios con la túnica de un apostolado fementido. El hecho de repartir la tierra no quita todos los vicios de conformación de ese régimen estatal, que un día u otro, cuando los proletarios posean la plena conciencia de sus derechos y exijan justicia, sean masacrados en masa, como aconteció siempre. Pero no es esto precisamente lo que importa aclarar en estas líneas.

Mr. Kellogg, a quien antes casi todos estuperaban por su chambonada, resulta que no se halla tan solo como pudiera creerse. Tiene muchos cómplices a su lado. ¿Y cómo no habia de haberlos, y muy numerosos, si defendía la propiedad, los millones de los banqueros más poderosos de Estados Unidos?

A pesar de repetir los hombres políticos de yanquilandia que el ministro del exterior había cometido un error garrafal mayúsculo, hoy parece que es él quien tiene plena razón.

Por lo menos se afirma que la conducta de ese marmitón metido a estadista, aprobada por un buen núcleo de la opinión pública, y que, no obstante las decididas declaraciones del presidente Calles, se abriga el propósito de proceder con justicia...

¿Cuál justicia? La de los yanquis, fracasando alguna revolucioncita, como la prometida por Kellogg; o la de Calles, quitándoles otra vez la tierra a los campesinos, las tierras que fueron propiedad de los banqueros estadounidenses. Cualquiera de las dos, nos parece que es una flagrante falta de justicia y, en los dos casos, simplemente una infamia.

DENIKIN. CIRILO Y NICOLAS

Estos tres entes o polichinelas ridículos de toda ridiculez, están por llevar a cabo una reunión solemne y magna, y seguramente de grandes y lucidas proporciones, empleando la frase consagrada de un cronista de *sociales*. Por lo pronto, Nicolás — no el carnicero, sino el gran duque — se prepara a convocar a todos los generales rusos en circulación en el extranjero, para que acudan a París y, naturalmente, concertar un plan estratégico para apoderarse de Rusia. Se prevé la reconciliación de los partidarios de Cirilo — no el mucamo, sino otro gran duque — y de Nicolás.

A Denikin se le dará, o se le dió el 25 de este mes, un gran banquete, para el cual el gobierno francés otorgó su consentimiento. Claro, estos serán los probables y problemáticos cobradores de las deudas que Rusia tiene pendientes con Francia. Es necesario darles todo género de facilidades, y además fiarles las armas que pidan y quieran.

Wrangel — el general — no fué invitado y, en consecuencia, Denikin asumirá el supremo comando del aun hipotético ejército de las fuerzas blancas.

Esta gente loca, idiota y malvada, dispone del género humano como si se tratase de reses que se compran, se venden y se llevan al matadero en su beneficio y para mayor felicidad de ellos.

Y los reaciconarios de todos los matices y colores, por intereses creados y por afinidad de apetitos alientan y financian semejante monstruosa hazaña.

Y el pueblo, el proletariado ruso, se caerá de Scilla a Caribdis, o de la sartén a las brasas. De cualquier modo, será esclavizado y devorado.

EL PLAN DAWES

Con plan Dawes o sin él, quien pagará hasta quedar desnudo y hambriento es el pueblo trabajador de Alemania. Sir Josiah Stamp lo da a entender sin muchos ambajes. Declara que los alemanes deben producir más. No serán los junkers, no serán los banqueros, no serán los comerciantes, la policía, los funcionarios del Estado, no será toda esa caterva de parásitos los que producirán ni un mondadientes.

Para ello Sir Josiah propone algo expeditivo y sumario. Estriba en dos cosas: que los trabajadores vivan más moderadamente — es decir que coman menos — y que alarguen la jornada de trabajo, y también buscando un método para acrecentar la producción por hora.

Como se puede constatar, es un plan ideal teóricamente y muy apto a convertir en una masa de esclavos y fantasmas hambrientos a los obreros de ese país. ¿Pero qué importa esto, si las altas razones financieras de unos pocos exigen tamaña esclavitud, servidumbre y pauperismo?

Las finanzas ante todo. Las vidas humanas, por lo baratas, se hallan mucho después, es decir, a la zaga de la finanza.

CONFRATERNIDAD ITALO-ARGENTINA

Para las confraternidades intercontinentales hace falta muy poca cosa. A veces basta un discurso, otras unos cuantos cajones de champán a fin de cobrar bríos y a fin de que los lazos se estrechen más, especialmente cuando se trata de nudos corredizos que ahorcan.

Los italianos que se expatrian y al venirse al continente americano logran hacer fortuna, son los que más provocan estas explosiones de confraternidad de dientes para afuera y de estómagos agradecidos. Recordemos al respecto a Santiago Pinasco, donador de millones... al soldado desconocido.

Invocando tan *fraternales* sentimientos, la Cámara de comercio italo-argentino de Génova resolvió adornar sus salones con un retrato del general Belgrano, representado en el famoso episodio de la jura de la bandera que, naturalmente, él creó.

Es el agradecimiento de los negreros esquilmadores de sus propios compatriotas, cuando éstos son pobres y han de trabajar para no morirse de hambre. Con este homenaje se captarán los ánimos de quienes harán la vista gorda cuando se busca de enviar contingentes de emigrantes al infierno de las selvas argentinas y a los desolados páramos de la pampa.

INMIGRACION

Con el postulado alberdiano "poblar es gobernar", se están cometiendo un sinnúmero de fechorías. La avalancha de inmigración de familias rusas se la encauza como se puede, dejando se las arreglen como quieran.

Llevadas doscientas cincuenta familias rusas a un territorio cerca de Posadas, se encontraron que había que pernoctar a la intemperie; algunas hubieron de alojarse en la comisaría, y las más acampar bajo chapas de zinc o carpas improvisadas, sin abrigo y con una precaria alimentación.

Hasta cuándo durará esa situación angustiosa de esa muchedumbre de criaturas, es lo que ha de ignorarse por mucho tiempo.

Se explica que en semejantes condiciones de penuria, la mano de obra les resulta barata a los estancieros, colonizadores y chacareros, que en pocos años pueden levantarse con fortunones, emprendiendo vuelo, algunos, a los balnearios de moda, otros adquiriendo fincas que arrendarán a precios exorbitantes. Y eso sí, "gobernar es poblar", poblar su predio con miserables para que dé el más alto rendimiento.

AGASAJOS A UN PRINCIPE

Los países que dicen y creen ser democráticos son los más adictos a los pergaminos nobiliarios, a los blasones y la sangre azul de cualquier escrufuloso que ostente una corona de oropeles o de cartón de utilería. Las herederas estadounidenses se hicieron célebres por su snobismo en comprar títulos aristocráticos auténticos o no.

El país argentino y sus habitantes no les va en zaga a los Estados Unidos, en el afán de apropiarse postizos títulos linajudos, y al no poder ostentar siquiera una corona, aunque fuese funeraria, a veces aristocratiza el apellido, de extracción plebeya, con un simple *de*, que será "De la Peña" o "De la Batea".

Estos *De la Peña* y *De la Batea*, o de nombres y apellidos más o menos parecidos, fueron citados al despacho del ministro del exterior para integrar la comisión de recepción y agasajos al príncipe de Gales, el ilustre desocupado, representante de los millones de desocupados que, al revés del príncipe, están siempre a punto de perecer de hambre.

Se encenderán luces y más luces, despilfarrando criminalmente lo que no es de ellos, para que después, pasado el jolgorio de los satisfechos y de los adinerados, las tinieblas desciendan y disimulen el traspapelamiento de algunos millones que alguno o varios miembros, en un momento de amnesia, hicieron desaparecer.

Rara ocasión fué cuando no aconteció de este tenor al tratarse de un dinero que, no siendo de nadie, es de todo el mundo y, por eso mismo, se queda en poder del que lo maneja. Lo que no obsta para que quien pudo realizar esa fea acción siga ostentando la impolutez de su apellido linajudo.

EL EJERCITO ROJO

A imitación de cualquier gobierno reaccionario e imperialista, el *Consejo de Defensa* del gobierno soviético de Rusia ha votado créditos extrapresupuestarios, basado en el informe del "compañero" Frunze, quien alegó la importancia excepcional que puede tener el ejército rojo en una acción próxima.

El "compañero" Frunze, comisario de guerra y marina, se halla a bordo de un *dreadnouth*, presenciando las maniobras navales de la flota, lógica y también roja.

No sabemos qué diferencia existe entre el imperialismo de un Mussolini, quien

ESTADOS UNIDOS NO QUIERE MAL A MEXICO

—No te enojes, muchacho... Nuestra preocupación es que crezcas para poder explotar mejor tus mayores fuerzas.

LA REACCION EN MARCHA

Y volvemos a nuestra definición: la reacción es un fortalecimiento de las ideas que sostienen la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Sus formas pueden ser variadas, pero tienen el denominador común que nosotros les atribuímos. La reacción no sólo es Mussolini, Primo de Rivera, Hindenburg, Trotzki; esas son tal vez las formas menos peligrosas, porque son las más francas. La reacción que nosotros tememos es la que se diluye en la vida total de las sociedades y sobre todo la que se disfraza de progresista y de revolucionaria. Al considerar la historia alemana concluímos que la contrarrevolución ha funcionado mucho más eficazmente en las filas de la socialdemocracia que en los baluartes de los junkers militaristas. No hay cuestión alguna de incapacidad de raza cuando se trata de la lucha por la emancipación política y económica; el frío temperamento germánico no es adversario de un porvenir mejor; si actualmente constatamos una mortal pasividad y una disciplina suicida en el pueblo alemán, no debemos atribuirlo a una característica racial, sino a la educación sistemática de que fué objeto por parte de la casta gobernante y de la socialdemocracia. Se celebra ahora el cuarto centenario de la guerra campesina, la grandiosa epopeya insurreccional del primer tercio del siglo XVI, donde Tomas Münzer, un temperamento anárquico, decapitado en mayo de 1525, dió expresión a un período revolucionario de los trabajadores de las ciudades y de los campos. Una raza que cuenta en sus anales episodios como el de la guerra campesina por la comunidad de los bienes y por la abolición de la explotación y la dominación, no es incapaz, por naturaleza, de integrar el movimiento reivindicador del proletariado moderno. Si no lo integra, ya lo hemos dicho, se debe a la educación recibida del prusianismo y del marxismo.

Italia, donde el fascismo domina la situación desde hace varios años, no ha recibido la educación autoritaria que recibió Alemania, sobre todo desde hace medio siglo; por eso no podría sostenerse el fascismo indefinidamente. Pero la reacción en Italia, no sólo se expresa en las bandas fascistas; ha entrado también bajo el manto del socialismo en las filas mismas de los trabajadores. Diversos partidos marxistas están en la obra y una Confederazione Generale del Lavoro no desperdicia la ocasión para sellar para largos años las veleidades de independencia y de autonomía de los trabajadores. Se olvida que a la libertad no se va más que por la vía de la libertad. Se desconoce que la reacción está allí donde se fomenta o se impone el culto al principio de autoridad.

He aquí un hecho de la Italia reaccionaria; no es un incendio de un local obrero, no es el asesinato cobarde de un militante revolucionario; no es una ley decretada por Mussolini; es, al contrario, una simple resolución del último congreso de la Confederazione Generale del Lavoro, de esa misma organización que traicionó la ocupación de las fábricas y que anduvo un tiempo en tentativas de negociación colaboracionista con el fascismo, no obstante lo cual es hoy el único organismo proletario de Italia, podríamos decir, y agrupa la mayoría de los trabajadores italianos organizados. Pero mencionemos el hecho: en el último congreso, la C. G. del L. aprobó una resolución por la cual se hace depender del comité confederal el nombramiento de secretarios de las Camere del Lavoro. Y ese atentado contra una práctica federalista tan simple y tan natural nos produce más inquietudes que las leyes decretadas por el parlamento italiano para someter los sindicatos a la inspección policial. La aprobación de esa resolución que llega al colmo del centralismo nos sugiere las más tristes consideraciones, porque manifiesta un estado de espíritu funestísimo para el porvenir revolucionario. El centralismo en la organización obrera es la muerte de toda iniciativa independiente, de toda espontaneidad de acción y de pensamiento; es la sumisión absoluta del individuo a una disciplina de cadáver, y la reacción no puede menos de triunfar por esa vía.

El mismo fenómeno vemos en Alemania, el país donde el tipo centralista de la organización obrera ha llegado a su acabada expresión. Karl Zwing, de Jena, editor del *Gewerkschafts Archiv* (Archivo sindical) escribió en el número de mayo de 1925 un artículo sobre el problema de la forma de organización sindical en ocasión del próximo congreso de la central reformista alemana (A. D. G. B.). Este buen señor es un admirador y un entusiasta del tipo centralista de organización; a ese tipo atribuye el poder de los sindicatos alemanes. El sistema centralista es, como dice, el sistema más victorioso y el más utilizable en la lucha abierta. La labor sindical de antes de la guerra, continúa Zwing, era entre otras, una lucha ininterrumpida en dos grandes frentes: el frente del adversario económico y el frente del Estado y sus órganos. Y en ese ambiente se ha manifestado como sistema superior el sistema rígidamente centralista. Pues bien, este cantor del centralismo es el que reacciona ahora contra una tendencia que se advierte en la A. D. G. B. hacia el supercentralismo, tendencia que ha expresado ya Fritz Tarnow, un jefe de la Unión de obreros de la industria de la madera, en un folleto reciente. La A. D. G. B. está formada por uniones de industria estrictamente centralistas, pero que en sus relaciones entre sí conservan un sistema federalista, es decir, cada Unión disfruta de una completa independencia en sus asuntos internos; los jefes de las Uniones equivalen, con respecto a la Comisión central, a los príncipes y reyes de los diversos Estados alemanes en el *ancien régime* frente al emperador. Ese sistema agrada extremamente a Zwing, pero en cambio combate la concentración de todos los poderes en la Comisión central, es decir el supercentralismo de Tarnow, ya puesto en práctica por D'Aragona en Italia. Es curioso conocer los argumentos de Zwing, el propulsor y teórico del centralismo: "El supercentralismo no tiene elementos de nuevas funciones en sí, sino que quiere poner en manos de una comisión las funciones ya conocidas y dirigir desde un punto central todo. No da la plataforma para la ampliación de cualidades espirituales, sino que disminuye el espacio para el desenvolvimiento espiritual. Pues el centralismo no trata de resolver los problemas en la diversidad espiritual, sino en la sumisión, en la disciplina. En un sistema supercentralista es difícil, sino imposible, desarrollar nuevas ideas y cualidades mentales. Piénsese en Moscú y en el papismo intelectual del consejo general ruso. El supercentralismo podrá ser una cosa cómoda para aquellos que están a la cabeza, pero eso no interesa al gran movimiento, sino que lo que le interesa es el progreso y la más elevada evolución"... Esas mismas objecciones que Zwing aplica al supercentralismo, las aplicamos nosotros al centralismo en general, y no nos costaría mucho trabajo demostrar que las Uniones centrales basadas sobre el centralismo no pueden tampoco resolver los problemas más que con la sumisión y la disciplina de sus miembros, y esa solución está muy lejos de tener valor alguno revolucionario.

Se habla en el extranjero del triunfo de Hindenburg y de su significación.

Pero cuando entramos en contacto con la labor fatal de los jefes del proletariado alemán, cuando vemos, día a día, su atentados a la independencia del hombre, al espíritu de libre iniciativa; cuando comprobamos los esfuerzos sistemáticos que hace la socialdemocracia para educar a los trabajadores en la obediencia pasiva y en la disciplina cuartelera, el triunfo electoral de Hindenburg, y con él el de la casta de los grandes agrarios y de los militaristas, se nos aparece insignificante. Hindenburg, el frío asesino de millones de jóvenes en la guerra mundial, el símbolo del prusianismo redivivo, es menos fatal para la revolución que la socialdemocracia. Y la prueba está que en 1918 sólo un partido, sólo una fuerza consiguió sofocar la revolución amenazante, y ese partido y esa fuerza no fueron otras que la socialdemocracia y los sindicatos centralistas.

El domingo 21 de mayo se reunieron en Berlín aproximadamente unos 15 mil jóvenes comunistas componentes de los cuerpos militares que va formando el moscovitismo para asentar un día su poder sobre las bayonetas de los soldados rojos. La socialdemocracia tiene también sus formaciones de esa especie, y hace unos meses se congregaron en Magdeburg cerca de 100 mil Reichsbanner. Los comunistas que desfilaron por las calles de Berlín, con sus banderas desplegadas, con su paso militar, en filas rigurosamente compactas, disciplinadas, con sus jefes y subjefes, nos han producido la impresión viva de que la reacción está en marcha en todos los dominios. El espíritu de esos jóvenes, deseosos de poder transformarse en el ejército rojo de Alemania, que han hecho marchas a pie durante varios días, para poder asistir a la "consagración de las banderas", que son casi todos trabajadores, animados tal vez de buenos propósitos, — el espíritu de esos jóvenes, repetimos, fomenta la contrarrevolución en lugar de fomentar la revolución. — Es doloroso ver como todas esas energías derrochadas en una vía falsa, aunque con las mejores intenciones, contribuyen a remachar las cadenas de la esclavitud espiritual de los trabajadores, y de ese modo a eternizar el yugo político y económico.

La reacción de los Mussolini, de los Primo de Rivera, de los Trotzky, nos inquieta menos que la reacción general que revela nuestra época en todas sus formas, la más peligrosa y la más fatal de las cuales es la reacción que se opera en nombre del socialismo. Los Mussolini se soportan mientras las fuerzas oprimidas son débiles, pero no se desean, no se anhelan por parte de los que quieren la revolución, por parte de los que quieren un porvenir mejor para los desheredados. En cambio, la reacción que se dirige en nombre de la socialdemocracia, de los sindicatos reformistas, del comunismo, etc. es considerada diversamente; los trabajadores no sólo no la rechazan, sino que la quieren, le dan vida, le ofrecen el resto de independencia que les queda. Y sin embargo, en el fondo, la reacción es una, es la misma, por más que se oculte tras diversos disfraces; es siempre un fortalecimiento de las ideas que sostienen la dominación y la explotación del hombre por el hombre.

Frente a esa avalancha formidable de la reacción, que no necesita absolutamente estar condicionada por un espíritu reaccionario, no existen más que los anarquistas, los únicos que se resisten conscientemente a una invasión tan funesta de ideas y tácticas que sólo favorecen la contrarrevolución. No es ningún milagro que nuestro movimiento no haga progresos numéricos en este período; hará bastante con quedar en su puesto, con no abandonar la buena lucha, con resistir sin vacilaciones a la corriente general. Nos sería muy fácil, más fácil tal vez que a cualquier otra fracción del movimiento obrero, adquirir un poder numérico imponente; no tendríamos más que hacer que ir con la corriente del tiempo y poner en práctica los mismos métodos de reclutamiento de los demás. Si en lugar de permanecer fieles a nuestros postulados de libertad, nos decidiéramos a abandonarlos en holocausto a una gran potencia regimentada; si en lugar de prepararnos a la independización de la conciencia humana, nos dispusiéramos a atraer las masas, aun a costa de sofocar sus aspiraciones de libertad; si en lugar de proponernos educar a los hombres para una nueva vida, nos dedicáramos a disciplinarlos, a adiestrarlos en la obediencia a nuestros mandatos, el éxito sería seguro: nos convertiríamos en un partido poderoso, con millones de afiliados, pues a nuestro favor trabajarían todas las fuerzas de la reacción. En cambio somos los únicos que señalamos una ruta nueva, los únicos que combatimos la cretina del autoritarismo de todos los colores, los únicos que decimos a los hombres que la salvación está en ellos mismos, que la claudicación de su personalidad es la esclavitud eterna. ¿Cómo queremos tener una fuerza numérica superior o equivalente siquiera a nuestros adversarios? ¿Si impusiéramos condiciones menos onerosas, si cediéramos algo en nuestra intransigencia libertaria? Pero, es que entonces la humanidad no adelantaría nada, pues la historia está ahí para demostrar que sólo la libertad es creadora, que sólo ella podrá transformar el mundo en un sentido de progreso y de bienestar. Todos los partidos de la reacción tienen un interés en sí mismos, en su triunfo; sólo nosotros no tenemos ningún interés en tanto que partido o movimiento; nuestro triunfo no será nuestro, será el de la humanidad entera. Somos los únicos que no luchamos por el propio encumbramiento como individuos o como movimiento social; es, pues, comprensible que los cortesanos del éxito no se acerquen a nosotros y que todos esos elementos que buscan en los partidos políticos diversos su puesto de lucha o de refugio, más preocupados de sí mismos que de la causa humana que nos interesa a nosotros, nos vuelvan las espaldas. En un partido político hay ciertas perspectivas de ocupar algun día puestos bien retribuídos, de solucionar el grave problema económico, y eso parece siempre más cerca que la anarquía, que no atrae más que a quienes se han emancipado del estrecho egoísmo individual, de partido o de casta.

Más bien que desilusionarnos al ver cómo avanza en el mundo la reacción conservadora, socialdemócrata, comunista, sepamos encontrar, en nuestro aislamiento mismo, un estímulo para la resistencia en nuestros puestos de vanguardia y una reafirmación de la bondad de nuestras ideas, las únicas que no han hecho bancarrota y que no la harán porque no pueden hacerla.

Y, con éxito momentáneo o sin él, denunciemos la reacción valientemente, sin tener palabras de condenación menos duras para uno de sus matices que para el otro. Las energías no se pierden, aun que sus efectos no sean inmediatos.

D. Abad de Santillán

---

grita estentóreamente que lo emprende bajo el nombre del fascismo, y el poder soviético que volvió a inficionar su pueblo con el militarismo conquistador para hacerlo obedecer a matar y morir, por el bolcheviquismo. Tanto vale una autoridad como la otra, así como un partido bolcheviqui o fascista.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.— Suscríbase a la Editorial, compañero

Informe oficial del segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Celebrado en Amsterdam del 21 al 27 de Marzo de 1925

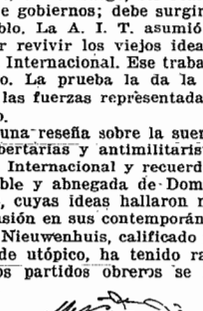
PRIMER DIA DE SESIONES

El congreso fué saludado por el presidente de la organización sindicalista de Holanda, compañero Rousseau, y luego abierto en nombre del secretariado de la A. I. T. por A. Souchy.

Siguió luego la elección de la comisión examinadora de las credenciales, compuesta de este modo: Jensen, de Suecia, Santillán, de México, Hooze, de Holanda y Souchy, del secretariado.

Mientras se retiró a cumplir su misión la comisión examinadora de credenciales, pronunció R. Rocker el discurso de bienvenida. Agradeció a los compañeros holandeses por la buena recepción en Amsterdam. Habló de la fundación de la A. I. de los Trabajadores en un tiempo en que las cosas se presentaban de otro modo a como se presentan hoy. La catástrofe de la guerra mundial destruyó todas las relaciones internacionales. Fué una tarea difícil el restablecimiento de esas relaciones después de la guerra. La labor de los sindicalistas antiautoritarios fué extremadamente pesada a causa del avance del socialismo de Estado que llegó al poder a consecuencia de la guerra. La revolución en la Europa oriental llevó en Rusia a una dictadura de los decretos. La reorganización de la vida social no puede, sin embargo, ser realizada por medio de gobiernos; debe surgir del seno del pueblo. La A. I. T. asumió la tarea de hacer revivir los viejos ideales de la Primera Internacional. Ese trabajo no fué superfluo. La prueba la da la constatación de las fuerzas representadas en este congreso.

Hace una reseña sobre la suerte de las ideas libertarias y antimilitaristas en la Segunda Internacional y recuerda la obra olvidable y abnegada de Domela Nieuwenhuis, cuyas ideas hallaron muy poca comprensión en sus contemporáneos. Pero Domela Nieuwenhuis, calificado por Liebknecht de utópico, ha tenido razón. Los modernos partidos obreros se han con-



vertido en un utensilio del Estado actual; el viejo espíritu socialista ha muerto en ellos. Por eso Domela Nieuwenhuis, uno de nuestros mejores teóricos, se hizo anarquista. El orador desea que los debates del congreso sean dirigidos bajo la inspiración de Nieuwenhuis.

En la presidencia fueron elegidos: Kater, de Alemania; Jensen, de Suecia; Silva Campos, de Portugal; Lansink jr., de Holanda.

Carbó, España, propuso enviar a los presos políticos de todos los países un saludo y a los camaradas Baron y Rubintschik, perseguidos por el gobierno de los soviets, telegramas. El congreso aprobó la moción y adoptó la resolución siguiente:

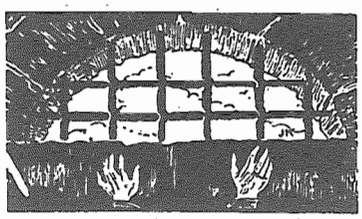
Resolución de protesta contra las persecusiones políticas.

"El segundo congreso de la A. I. T. toma conocimiento con indignación de las continuas persecuciones que pesan desde hace años en todos los países sobre los combatientes del movimiento revolucionario.

"El congreso protesta contra los constantes sufrimientos infligidos a nuestros camaradas y exige a los gobernantes la liberación de las víctimas de la lucha de clases y de la reacción social.

"Las persecuciones a que están expuestos los revolucionarios en Rusia, hacen necesaria una enérgica condena por parte del proletariado mundial, pues la opresión de la libertad de palabra por un gobierno llamado socialista o de los soviets es un crimen mil veces más reprochable. El congreso exhorta a todas las organizaciones adherentes a no cesar en su propaganda en favor de la liberación de los presos revolucionarios que llenan las prisiones bolchevistas.

"El congreso envía a los camaradas que yacen en las cárceles de todos los países sus saludos fraternales y les da la seguridad de que el movimiento antiautoritario del mundo entero trabajará por su liberación."



El compañero Kater, de Alemania, se hace cargo de la presidencia de la primera sesión y dá la palabra al representante del Bureau Internacional Antimilitarista, camarada J. Giesen.

Giesen dijo que los antimilitaristas agrupados en torno al B. I. A. se sienten íntimamente ligados a la A. I. T. Todos estamos en el terreno en que se fundamentó la primera Internacional. Habla de la huelga general contra la guerra, de la negativa individual a hacer el servicio militar y de la aplicación del poder económico del proletariado para la consecución de esos fines. Piensa igualmente en los presos de todos los países y desea que la fuerza del movimiento libertario irradie en todo el mundo y lleve a la destrucción de los cuarteles y de todos los poderes de la opresión.

En la comisión de redacción de las resoluciones fueron elegidos: Borghi, de Italia; Lansink, de Holanda; Carbó, de España; Díaz, de Argentina y Rocker, por el secretariado.

Luego son leídos telegramas y circulares de salutación al congreso, que se mencionarán al final de este informe.

Santillán informa por la comisión examinadora de credenciales, según la cual están presentes en el congreso representaciones del 12 países:

Argentina: *Federación Obrera Regional Argentina.* Representantes: J. Díaz y D. A. de Santillán.

Alemania: *Freie Arbeiter Union Deutschlands.* Representante: F. Kater.

Brasil: *Federaçao Operaria de Rio Grande do Sul.* Representante: R. Rocker.

Dinamarca: *Revolutionaert Arbejderforbund.* Representante: A. Jensen.

Holanda: *Nederlandsch Syndikalistisch Vakverbond.* Representantes: A. Rousseau, B. Lansink jr., A. J. P. Hooze, G. Blanken, A. v. d. Berg, O. Dekker, H. Have, O. Vonk, C. Wolff.

Italia: *Unione Sindacale Italiana.* Representante: A. Borghi.

México: *Confederación General de Trabajadores.* Representante: D. A. de Santillán.

Noruega: *Norsk Syndikalistissk Federation.* Representante: A. Jensen.

Portugal: *Confederaçao Geral do Trabalho.* Representante: M. Silva Campos.

España: *Confederación Nacional del Trabajo.* Representante: E. C. Carbó

Suecia: *Sveriges Arbetaren Centralorganisation.* Representante: A. Jensen.

Uruguay: *Federación Obrera Regional Uruguaya.* Representante: Julio Díaz.

Huéspedes: Anarchistische Syndikalistische Jugend Deutschlands. Representantes: R. Rocker y E. Betzer. — Allgemeine Arbeiter — Unión (Einheitsorganisation). Representante: Franz Pfemfert. —Ino (Oficina internacional de prensa). Representantes: Erns Liebertran y F. Katz. — "La Protesta", Lima (Perú). Representante: D. A. de Santillán.—"Il Proletario", Chicago. Representante: A. Borghi.

Borghi, Italia, a causa de circunstancias imprevistas no pudo aportar al congreso una credencial de la U. S. I. Pero como él mismo es secretario de esa organización y ha sido elegido por ella miembro al Comité administrativo de la A. I. T., el congreso reconoció la delegación de Borghi por la Unione Sindacale Italiana. En total hay presentes 16 delegados en nombre de 12 países con voz y voto.

El horario de sesiones se estableció como siempre: por la mañana de 9 a 12 y media, luego de 1 y media a 5 y media y finalmente de 8 a 11 de la noche.

En la comisión de finanzas y de prensa fueron elegidos: Santillán, Argentina y México; Silva Campos, Portugal; A. Jensen, Suecia; van der Bergh, Holanda y A. Souchy por el secretariado.

La orden del día fué aceptada en la forma propuesta por el secretariado, y es como sigue:

1 Informe del secretariado.
2 Informes de los respectivos países.
3 Posición de la A. I. T. con respecto a las diversas corrientes dentro del movimiento obrero. Relator: R. Rocker.
4 La lucha contra la reacción internacional. Relator: A. Borghi.
5 La A. I. T. y los consejos de fábrica. Relator: A. Souchy.
6 La solidaridad internacional. Relator: A. Jensen.
7 La A. I. T. y las federaciones de industria. Relator: A. Rousseau.
8 La posición de la A. I. T. con respecto a las luchas cotidianas. Relator: B. Lansink jr. y Julio Díaz.
9 El movimiento sindicalista de la juventud. Relator: M. Silva Campos.
10 Posición de la A. I. T. con respecto al plan de Dawes. Relatores: B. Lansink jr. y F. Kater.
11 La prensa de la A. I. T. Relator: A. Souchy.
12 Modificaciones a los estatutos.
13 La A. I. T. y el esperanto. Relator: A Rousseau.
14 Elección y sede del secretariado.
15 Lugar y tiempo del próximo congreso.
16 Discurso de clausura.

El informe del secretariado está escrito. El relato verbal es postergado para el día próximo. En tanto Silva Campos, representante de la C. G. T. de Portugal, da un corto informe verbal, porque su informe escrito lo ha traído consigo y no pudo ser traducido. El informe escrito describe detalladamente la situación del proletariado organizado de Portugal y es incluído en el protocolo. Por eso el informe verbal, que es una repetición del escrito, sólo puede ser esbozado.

Silva Campos dijo que la C. G. T. de Portugal es adversaria de todo partido político. La A. I. T. goza en Portugal de grandes simpatías. Los miembros de la C. G. T. ascendían en 1920 a 150.000. Cuando después comenzó la reacción en Europa, dejando traslucirse también en Portugal, y cuando además se presentaron las crisis económicas de la inflación y de la desocupación, los sindicatos perdieron parte de sus miembros. Hoy cuenta la C. G. T. con 80.000 adherentes, pero son combatientes conscientes de la lucha de clases. La C. G. T. es la única central sindical portuguesa; los partidos políticos no tienen ninguna influencia en el movimiento obrero del país. La C. G. T. cuenta con un diario que aparece en Lisboa con un tiraje de unos 10.000 ejemplares. Además las Federaciones de industria poseen sus órganos especiales. La extructura de la organización es de carácter federalista; toda dictadura es rechazada. Da luego un esbozo histórico sobre el desenvolvimiento del movimiento obrero organizado en Portugal, y advierte que después del congreso de La Haya en 1872, esta es la primera vez que el proletariado portugués aparece representado en un congreso obrero internacional.

Este informe no pasa a discusión.

Se adopta una proposición para examinar la situación del movimiento obrero en la Argentina, a pedido de la delegación argentina, y se nombra una comisión compuesta de S. Campos, Carbó, Jensen y Rocker por el secretariado.—Santillán observa que Carbó, como representante de la C. N. T. de España no puede ser imparcial a causa de la polémica mantenida pública y privadamente entre los compañeros de la FORA y los de la C. N. T., y dice que con el mismo derecho que aparece Carbó en esa comisión podría ir él mismo en nombre de México, que ha expresado su opinión sobre las disidencias de la Argentina.

F. Pfemfert, delegado de la Allgemeine Arbeiter Union (Einheitsorganisation) desea decir algunas palabras y explica que la A. A. U. E. todavía no ha realizado su adhesión a la A. I. T., pero que su organización, cuando se trata de la adhesión a una Internacional, no puede ingresar más que en la A. I. T., con cuyas ideas están de acuerdo.

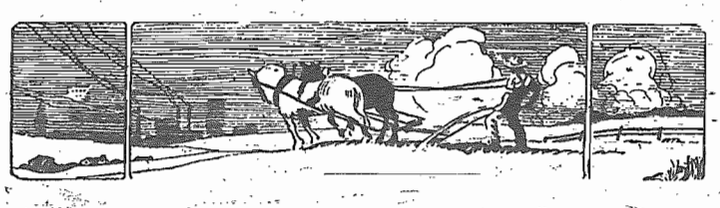
En nombre de A. Schapiro, que no llegó aún, se lee una resolución previa sobre la posición de la A. I. T. con respecto a la unificación de Amsterdam y Moscú, que debía ser tratada antes de entrar a tratar la orden del día.

Sobre este asunto habla Díaz, Argentina. Según su opinión ha llegado el momento para fortificar las bases de la organización revolucionaria internacional al romper definitivamente con toda ilusión unitaria, que ha sido en estos tiempos la mayor semilla de discordia. La experiencia, no sólo nos llevó a declarar la guerra a todos los partidarios del Estado capitalista, sino a todos los falsos revolucionarios. Habla de la imposibilidad de la unificación de nuestro movimiento con los comunistas y con los socialistas, y preconiza también la ruptura con el nuevo autoritarismo que se oculta tras la fórmula: "Todo el poder a los sindicatos". El segundo congreso de la A. I. T. debe buscar el modo de unificar los revolucionarios con los revolucionarios mismos. Con los que sostienen otros puntos de vista teóricos y tácticos, la unificación es ilusoria. Se refiere a las experiencias hechas en la Argentina y a la espectación con que esperan nuestros camaradas los resultados de este congreso, sobre todo en lo que respecta a la comedia unitaria. El movimiento obrero en América del Sur, tiene por finalidad el comunismo anárquico, pero ese comunismo anárquico no es sólo un cuadro futurista, sino una labor presente, con los materiales que la vida actual nos ofrece. Una prueba de que nuestro anarquismo no olvida la situación en que vivimos, es la actitud de la FORA con respecto a la ley de jubilaciones. Acepta la moción previa en principio y recomienda que contemos en el porvenir con nuestras propias fuerzas.

Se propone discutir la resolución previa después de la exposición de Rocker sobre las diversas tendencias del movimiento obrero. Queda aprobado.

Se levanta la primera sesión.

N. de R.—Con el presente artículo damos comienzo al informe completo del segundo congreso de la A. I. de los T.



EDUARDO SIVORI

En el anciano maestro desaparecido existían condiciones altamente estimables de pintor, realzadas por una voluntad férrea para el trabajo. Fué un gran estudioso, y estudiando a su manera buscó ansiosamente perfeccionarlas en la larga medida de sus fuerzas.

Uno de sus méritos, no desdeñable por cierto, quizás consistiera en haberse inclinado hacia una profesión poco fructuosa en ese entonces y casi vituperable para aquellos memorables tiempos en que todo lo atingente al arte y sus adyacencias era mirado de reojo, cuando no recibía el escupitajo de una compasión desdeñosa.

En aquellos tiempos — si escasas y rarísimas becas se otorgaban — aun no se había inventado las grajeas oficiales, o sea los menudos confites de color para endulzar las rabietas y las desazones de quienes por el solo hecho de titularse artistas se creen que deben necesariamente ser protegidos por el Estado. Eran los tiempos en que a los bastante arrojados y valerosos que, escuchando la voz imperiosa de su vocación afrontaban una vida torturante de penurias, les surgía ante ellos el pavoroso dilema: morirse de hambre o, como constata un biógrafo de Sivori, algo peor aun: la locura o el suicidio: Mendilaharzu o Cafferata; o la vida amargada hasta la desesperación como las de Ballerini, Della Valle y etc.". Pero cuando el elemento trágico no intervino ya para nada, siempre hubo la asechanza de la indiferencia helada y la incomprensión hostil que se resuelve en el insulto y hasta llega a vías de hecho. Explica esto la actitud de Malahrro, quien, al ir a pintar del natural, se proveía de un revólver, mientras por otra parte los chuscos y los traviesos a destiempo confeccionaban cartelitos con la consabida advertencia: "Cuidado con la pintura", y luego los fijaban en las esquinas con el deseo malsano de hacer beber un trago amargo a quienes ellos consideraban que "hacían cosas de gringos".

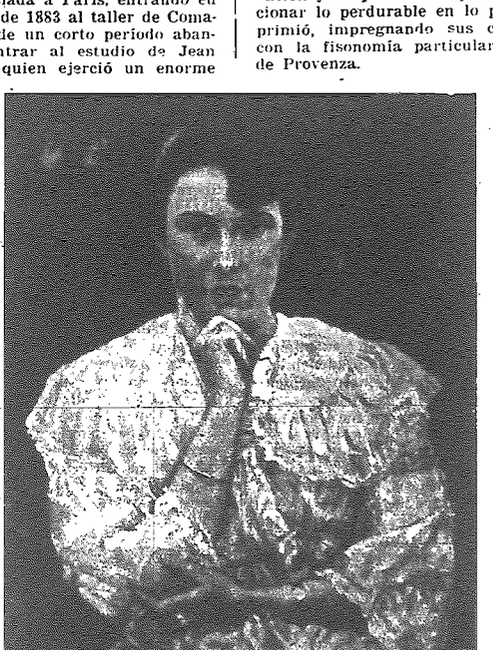
Quizás en ese período de prueba para los sinceros y los agobiados por un destino incierto erizado de espinas, el desinterés privara en los corazones de aquellos artesanos y artistas ignaros por hallarse aislados del mundo occidental y acorralados en su propio país. Lo pertinente es, pues, que se tenga bien en cuenta todos estos factores e influencias en el aprendizaje de Eduardo Sívori, quien en el verdor de la edad ya había exteriorizado una irresistible pasión por el dibujo y los pinceles. En efecto, a los doce años, es decir en 1859, "intentaba incorporarse al primer grupo de aspirantes que becara el gobierno", constituído por Pueyrredon, Boneo y Agrelo. Mas, como años después escribiera en una página autobiográfica, fué rechazado por sabérsele tan joven.

Si de tan largo tiempo data su iniciación en el ejercicio del arte de pintar, muchas veces sus estudios se interrumpieron, dejando amplias lagunas en su educación artística, para atender otros menesteres mucho menos líricos y mucho más prosaicos. Se quería, por su familia, que antes "se ganara una fortunita", como debía recordar años después el maestro con frase expresiva, y luego, muy luego, podía "hacer cuanto arte deseara". Esta advertencia paternal hubo de ser obedecida tan dócilmente que casi el temperamento pictórico vigoroso y aleteante en Sívori, corrió el gravísimo riesgo de ser sofocado. Y asimismo, todas sus manifestaciones posteriores habían de resentirse por esta dualidad de tener que servir a dos amos, a dos orientaciones, a dos existencias totalmente opuestas. No se puede prever todo lo que hubiese dado de sí este pintor, de haberse dedicado durante toda su larga vida plena y exclusivamente a su arte. Aunque ya es un índice bien elocuente esa pasividad al dejarse arrebatar lo más caro, el ensueño nutrido de nuestra propia sangre, en cambio de una mezquina paz, limitada a la charca doméstica. Demuestra ello poca personalidad y un carácter demasiado dúctil — fenómeno fisiológico o psíquico, como quiera llamársele — que imprime un sello especial a toda su obra pictórica.

Sus primeras enseñanzas, administradas en su propio país, no le sirvieron más que para desbrozarle sumariamente. Desde 1875 a 1883, en un período de aprendizaje de unos ocho años, tuvo que sufrir las influencias contradictorias de sus tres maestros, quienes fueron Charton — francés — Agujari y Romero, que, según palabras de un biógrafo suyo, puestas en boca de Schiaffino, quien decía de este último lo siguiente: "Espíritu pueril, solía clasificar a los artistas en esta forma: El que pinta una figura entera es un artista y el que pinta media figura es medio artista". Sívori, con semejante mentor por guía espiritual y también técnica, pocos beneficios podía recibir de alguien que se hallaba afectado de una miopía incurable que no distinguía dos dedos más allá de sus propias narices en lo que atañe a los problemas más elementales de la didáctica artística.

Por lo demás, no nos extrañemós demasiado. En un orden distinto y ataviados con diferentes vestimentas, se dicen y se cometen idénticos disparates en estos tiempos de irritado modernismo.

Zafado del estrecho círculo de gran aldea, que era entonces Buenos Aires, el maestro se traslada a París, entrando en ese mismo año de 1883 al taller de Comarossi; después de un corto período abandónalo para entrar al estudio de Jean Paul Laurens, quien ejerció un enorme influjo sobre su temperamento, influjo que debía revelarse en sus cuatro primeros cuadros, pintados por esa época a la sombra de su tutor espiritual, del cual hubo de guardar los mejores recuerdos, comprobados en las cartas cambiadas entre el discípulo y el preceptor.



EDUARDO SIVORI. — Retrato.

Las composiciones aquellas, por el título puede colegirse la tendencia que las animó y les dió vida. Se llaman: "El despertar de la sirvienta", "La muerte del obrero", "La alondra del suburbio" y "El viejo solterón". La anécdota primaba sobre el concepto plástico de la verdadera pintura. Lo que solamente un temperamento genial puede sobreponerse a estas divisiones escolásticas de lo anecdótico y de la mera plasticidad del cuadro, no se hallaba en el poder de Sívori hacerlo, y sucumbió. No aconteció esto porque su técnica se valiera de betunes y creara "el ambiente claustral propio de Laurens", ni que espiritualmente empleara los asuntos subalternos y desagradables de la tendencia naturalista", detonante entonces "bajo la prédica de Zola y de Courbet", sino por no hallarse en la sensibilidad del artista argentino ni en los medios de expresarse la fortaleza de un carácter, ni la escritura personal para triunfar airosamente en dicha tendencia.

Luego pudo conocer al paisajista Hannoteau, y con él esclareció su paleta, hallando de una vez la presentida visión pantelsta que acordaba con su peculiar modalidad de sentir e interpretar la naturaleza.

Arribado a la cosmópolis rumorosa y adentrándose en el terruño patriarcal, buscó, con esa visión prendida en su retina, crear una pintura fol-klórica para describir el paisaje argentino no dejando de introducir en él la criolla y clásica tapera, las carretas de bueyes y, de vez en vez, dar la sensación desolada de la inmensidad de la pampa. En fin, todo lo típico y superficial que puede ser nuestro. Al examinar esta parte de su labor, será fuerza confesar que, a pesar de sus condiciones de trabajador infatigable y de las nuevas adquisiciones técnicas, no pudo realizar la obra definitiva y hondamente sentida que le consagrara, apresando lo esencial del elemento pintoresco que anhelaba fijar en sus telas.

Se ha dicho y se repite a menudo que Sivori fué un pintor localista. Si en cierto modo existe una pequeña partícula de verdad en ello, no poseyó en abundancia y calidad una subjetividad fantástica para transformar ese arte localista en arte universal. Cézanne, sin proponérselo ni quererlo, por la intensidad de su observación y su poderosa capacidad de seleccionar lo perdurable en lo perecible, imprimió, impregnando sus composiciones con la fisonomía particular del paisaje de Provenza.

En la faz que el maestro desaparecido nos merece un profundo respeto y sincera admiración, es cuando pinta abandonándose, libre de ulteriores preocupaciones folklóricas, a su vena fácil, realizando retratos; figuras o cuadros donde no persigue otro fin que pintar lo mejor posible, buscándose y ensayándose.

Existía en el Museo Nacional una tela que nos infundió una sensación de bienestar y de serena alegría. Era una jovencita — creemos — recostada en una mecedora, de crenchas doradas y vaporosas, con tez primaveral, sobre un fondo de persianas de verdes transparentes y glaucos por lo cambiantes. Era una tela inspirada y sentida profundamente. La objetividad pictórica resplandecía en una atmósfera espiritual. Si algo valiera nuestro parecer humilde, afirmaríamos que ese cuadro de reducidas dimensiones es una de las páginas más bellas que el venerable maestro escribió en su vida.

No limitaremos a esa sola tela la larga labor ejecutada por Sívori, en un afán de estudio y de perfeccionamiento, mas es necesario proclamar que la totalidad de su obra no resiste la más remota comparación con los clásicos de otros países.

Para nosotros posée el doble y precioso valor del recuerdo y del documento de una época, y también como un ejemplo de tesón y de tensa voluntad para la tarea cotidiana. Pero no va más allá de los umbrales de lo contemporáneo y de lo susceptible de perecer. Exagerar una plusvalía ficticia, sería herir la memoria del maestro, quien fué de una humildad y modestia ejemplar.

Al haberse conservado sereno, alegre y juvenil en su espíritu en la madurez y hasta en la senectud, y, como bien dice un biógrafo suyo, haber producido "una pintura ágil, bucólica", se ha conquistado en buena lid nuestro agradecimiento. — A.

EDUARDO SIVORI. — "Bañándose"

El Arte y la Religión

El arte es una extensión, por el sentimiento, de la sociedad a todos los seres de la naturaleza, y hasta los seres concebidos como sobrepujando a la naturaleza, o en fin los seres ficticios creados por la imaginación humana. La emoción artística es, pues, esencialmente social; tiene por resultado ensanchar la vida individual haciéndola confundirse con una

...eyó en abundanci...
...idad fantástica pa...
...te localista en ar...
..., sin proponérsele
...nsidad de su obr...
...capacidad de selec...
...en lo perecible, im...
...sus composiciones
...ticular del paisaje

...estro desaparecido
...o respeto y sincera
...pinta abandonán...
...es preocupaciones
...ácil, realizando re...
...os donde no persi...
...r lo mejor posible.
...lose.
...Nacional una tela
...sensación de bien...
...gría. Era una jo...
...recostada en una
...doradas y vaporo...
...sobre un fondo de
...nsparentes y glau...
...Era una tela ins...
...ndamente. La ob...
...plandecía en una
...algo valiera nues...
...afirmaríamos que
...as dimensiones es...
...s bellas que el ve...
...ó en su vida.
...sola tela la larga
...ori, en un afán de
...namiento, mas es...
...te la totalidad de
...ás remota compa...
...de otros países.
...el doble y precioso
...del documento de
...como un ejemplo
...luntad para la ta...
...ra más alla de los
...ráneo y de lo sus...
...cagerar una plu...
...ir la memoria del
...una humildad y

...o sereno, alegre y
...la madurez y has...
...bien dice un bió...
...ucido "una pintu...
...a conquistado en
...lecimiento. — A...

...a Religión

...sión, por el sen...
...a todos los seres
...ta los seres con...
...ndo a la natura...
...ficticios creados
...ana. La emoción
...cialmente social...
...nchar la vida in...
...fundirse con una

...ida más amplia y universal. "El fin más elevado del arte es producir una emoción estética de caracter social".

La religión ordena a los hombres el creer en la posible realización de una sociedad ideal de justicia, de caridad y de dicha, realizada ya en parte y de la que, por nuestra parte, debemos hacernos miembros o ciudadanos.

Como hay una población ideal de la religión, hay también una población ideal del arte; pero la primera es, para el creyente, objeto de una afirmación y de una voluntad; la segunda es un simple objeto de contemplación y de ensueño. La religión se dirige a lo real, el arte se contenta con lo posible; no deja por eso de superponer, como la religión, un mundo nuevo al mundo conocido, y, como la religión, se pone en relación de emoción y de simpatía con ese mundo; por consiguiente, nace de él una nueva sociedad unida imaginariamente a la sociedad en que en realidad vivimos. Como la religión, el arte es un antropomorfismo y un sociomorfismo".

GUYAU.

Por los Salones

Zonza Briano

A duras penas nos avenimos a hilvanar algunos renglones acerca de las obras que este escultor expone en una sala de "Los Enemigos del Arte". La decadencia mental y, por consiguiente, la afectación que serán pábulo al engendro de estas esculturas, son fallas de tal modo irremediables que la conducta más cuerda, beneficiosa y oportuna a observar ante esta deplorable manifestación de inconsciencia, sería la decapitación mediante el silencio más absoluto.

Un silencio que cubra piadosamente a los extraviados de espíritu, quienes del arte hacen un uso mercenario para el desenvolvimiento más proficuo de sus charlatanerías literarias. Desde el forjado escándalo — por corresponsales oficiosos, siempre dispuestos a la adulación servil — de esa obra marrada que se titula "Creced y Multiplicaos", expuesta en el salón de París, no tuvimos mucha fé ni ley en las aptitudes de este buen señor casquetado en un sombrero de artista...

En el Salón Nacional de 1913, al exhibirse en la rotonda esos tres gigantes del pensamiento y del arte griego — Platón, Sócrates, Esquilo — nos dió la razonada que el bueno de Zonza no era más que un birlador, de aquellos que viven al margen y a expensas de toda manifestación artística sincera. En vez de estudiar, inventan trucos para hacer la cosa menos pesada, apareciendo al mismo tiempo como entes originales.

Pero en esos felices años, junto al nombre de Zonza Briano se citaba el venerado de Rodin, y el de Gómez Carrillo, nada menos. Esta circunstancia, y al no escribirse tan al desnudo la venalidad de sus fines, además de evidenciar una posesión más segura de sus medios plásticos, nos hizo olvidar nuestra prevención, atribuyéndola a nuestro afán de enconada crítica.

Pues la culminación, el fastial para rematar las vagas y buenas intenciones escultóricas de aquel entonces, se halla en la presente muestra, en cuyas obras existe una amalgama de ternura acaramelada y lúbrica y un anhelo de *epater* con salidas extravagantes — como la de ese busto de cabellera azul y mejillas pintadas — y de impresionar con lánguidas miradas de cordero degollado. No hay un rostro allí sin su consabida mueca disfrazándose de sonrisa, y de otras cosas peores. Hay mujeres con cuellos tan doblados que, al quedarse siempre en esa incómoda posición, inevitablemente tendrán que recurrir a un masagista o un cirujano para quitarse el inevitable *torticolis*.

En fin, fueron tan puestas en descubierto las miras de confeccionar *bibelots* para adornar la alcoba de alguna mujer elegante, que pocos dejaron de notarlo y escribir en ese sentido. Es la primera vez que la crítica oficial desnuda a uno de "nuestros genios". Era hora. Ojalá esto sirva para bien del extraviado.

Para los que no pudieron visitar esta exposición enumeraremos algunos títulos de las obras: "Soy tuya"; "Sensación de un beso"; "Sonrisa de ensueño"; "Boca de fuego"; "Artificiosa"; "Brisa jugetona"; "Dulce tristeza"; "Cabeza de chico" (estilo clásico).

¿No les parece que por semejantes denominaciones se puede adivinar el contenido de todas ellas?

Ante la vida

Una vez se encontraron dos hombres frente a frente de la Vida; ambos estaban descontentos de ella.

Y habiéndoles ésta preguntado qué era lo que querían, respondió el primero con voz de enojo:

—Yo protesto de la crueldad de tus contradicciones: vanamente se esfuerza mi razón en comprender el sentido de la Vida, mi alma se encuentra envuelta en las obscuridades de la duda; mi conciencia me dice que el hombre es la más perfecta criatura del mundo.

—¿Qué esperas de mí? — le preguntó impasible la Vida.

—¡La felicidad!... para que yo pueda ser feliz, es necesario que concilies estos elementos contradictorios que luchan en mi alma: yo digo "quiero", y me respondes "tú debes".

—Quieres lo que esperas de mí — dijo gravemente la Vida.

—¡Yo no quiero ser víctima de la Vida! gritó el hombre —. Quiero ser el dueño de mi vida, y sin embargo, me veo bajo su yugo. Dime por qué. Quiero vivir según mis deseos, no quiero ser por deber hermano de mi prójimo ni su esclavo; por mi gusto quiero ser lo uno o lo otro. La sociedad ha creado prisiones por su conveniencia; no quiero que me trate como una piedra que arrojará dónde y cuándo quiera. Soy un hombre. Soy, pues, el alma y la razón de ser de la Vida. Yo debo ser libre.

—¡Cállate! — dijo la Vida con fría sonrisa —. Hablas demasiado. Ya sé de antemano lo que quieres decir. ¿Quieres ser libre? Pues bien; ¡sé!! Lucha conmigo, vénceme, sé mi dueño, y yo seré tu esclava. Yo soy inmortal, como sabes, y siempre fuí dulce con los vencedores. Pero hay que vencer. Y dime: ¿tienes talla suficiente para tomar por asalto la libertad? ¿Eres digno de la victoria? ¿Tienes conciencia de tu fuerza?

Y el hombre respondió abatido:

—Tú me has hecho luchar conmigo mismo, has aguzado mi razón como un puñal que yo he clavado en mi alma. Quisiera reponerme; me hallo aplastado bajo el peso de la Vida; ¡oh, déjame gustar de la dicha!

Y la Vida, sonriendo desdeñosa y glacial:

—Respóndeme; cuando hablas así, ¿exiges o imploras?

Y el hombre respondió como un eco lejano:

—¡Imploro!

—El que implora es un mendigo. Y bien; sabe, pobre hombre, que la Vida no da limosna. ¿Ignoras que el hombre libre no implora, sino que toma? No eres más que el esclavo de tus pasiones. Solamente es libre quien tiene la fuerza de acallarlas todas en su alma con el fin de identificar su ser con un solo deseo. ¿Me comprendes ahora?

Y el hombre comprendió, y como un perro dócil que recoge las migas que caen de la mesa de su amo, se echó a los piés de la Vida.

Y ésta, con mirada fría y grave, contempló al otro compañero, que tenía el semblante serio, pero lleno de bondad.

—Y tú, ¿qué imploras?

—Yo no imploro nada; exijo.

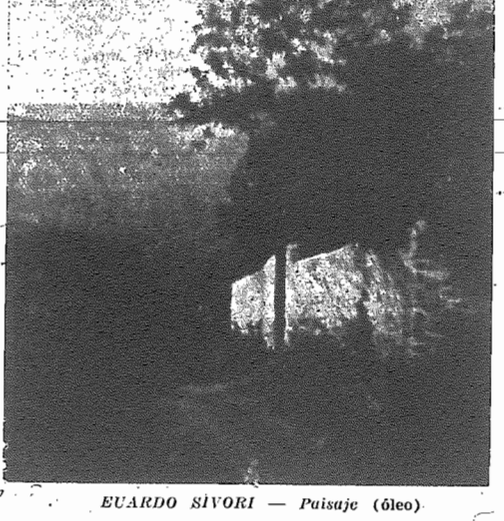
—¿El qué?

—¡Justicia! ¡Exijo justicia; lo demás yo lo tomaré después! Lo que yo quiero ahora es eso, que desde largo tiempo lo espero. La he esperado con paciencia en el trabajo, sin tregua y sin esperanza; la he esperado ya bastante; ahora quiero vivir. ¡La justicia, yo la exijo! ¿Dónde está?

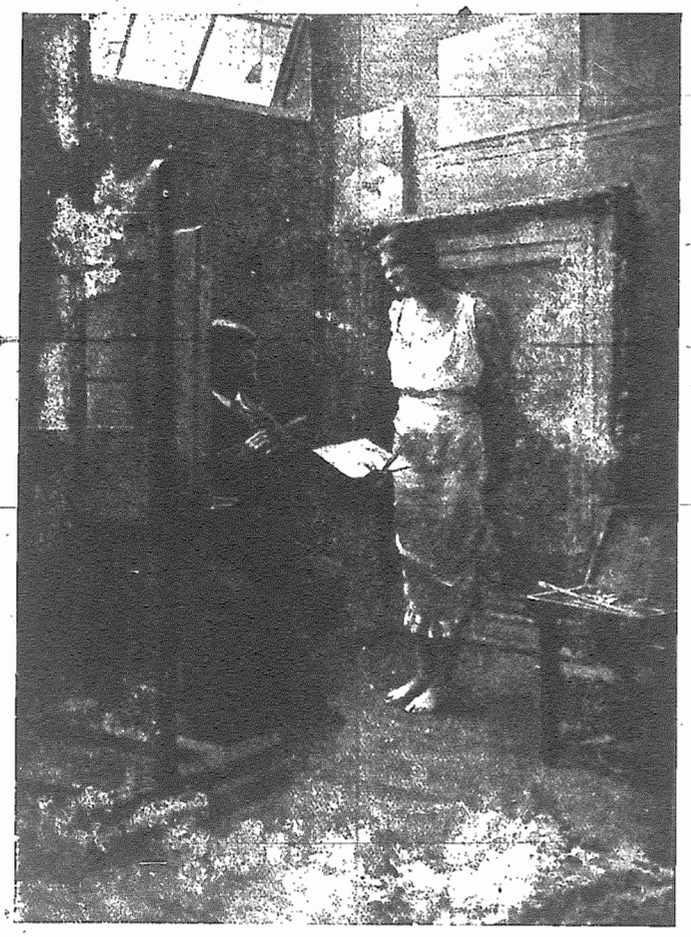
Y la Vida contestó impasible:

—¡Toma!

MAXIMO GORKI



EUARDO SIVORI — Paisaje (óleo)



EDUARDO SIVORI. — "En pose" (Oleo)

El valor del Racionalismo y la evolución de la humanidad

II

Todos los fenómenos, los de la vida orgánica como los otros, están regidos por leyes inmutables que importa conocer para asegurar nuestra conservación, nuestro perfeccionamiento físico y, por extensión, nuestro perfeccionamiento intelectual y moral.

La ciencia actual, dice muy bien León Brunschvicg en su *Filosofía del Espíritu*, inseparable de las reflexiones sobre las condiciones del saber, sobre la naturaleza de las nociones matemáticas en sus relaciones con la experiencia física, crea esa ciencia intelectual cuyo advenimiento responde plenamente a la palabra de orden socrático: *conócete a ti mismo*".

Sabemos que el átomo, elemento simple de toda materia, orgánica como inorgánica, obedece a la ley de afinidad electroquímica de carga y descarga. Presenta así uno de los aspectos de ese dualismo fenomenal que "expresa simplemente la ley dinámica universal en virtud de la cual toda acción provoca una reacción que le es igual y opuesta" (1) y da la llave del misterio de las oscilaciones a las cuales están sujetas todas las actividades naturales, notablemente la actividad bio-

lógica y, por extensión, las actividades físicas y colectivas.

En el caso de la célula viviente, cada uno de los átomos componentes y la célula misma son seres diferentes. Para que la existencia de la célula esté asegurada, es preciso que la atracción del núcleo celular sobre los átomos sea superior a la que ejerce sobre ellos el medio externo, de manera que sea la célula misma la que reaccione a las influencias de éste. Si los átomos obraran individualmente la célula sería disociada y sucumbiría; este, por otra parte, es probablemente el proceso de la vida y de la muerte natural de los seres organizados y de toda sociedad.

Todo organismo viviente, por lo tanto el hombre también, es un compuesto de seres cuyas tendencias se contrarían pero que son más o menos coordinadas por un sistema nervioso. En el hombre, el rol de la razón es precisamente el de determinar las reacciones del conjunto en un sentido favorable al interés del individuo y de sus partes.

Obedeciendo ciegamente a una impulsión, se trate de un instinto adquirido por herencia o de una manifestación local de uno de nuestros órganos, podemos perjudicar a nuestro ser colectivo. De donde la necesidad de un control implicando una especie de moral fisiológica, y exigiendo que sea impuesta una restricción a los instintos en vista del interés general. Es probable que en el curso de la evolución del ser cada instinto debido a la herencia como cada función orgánica predominen durante cierto período determinado por las necesidades fisiológicas, hasta que el individuo, habiendo alcanzado su perfecto desarrollo específico—caso probablemente muy raro dadas las condiciones empíricas y las trabas arbitrarias impuestas por un estado social nacido, como quien dice, del azar y la ceguera — sea en el hombre el instinto intelectual, dicho en otra forma actividad cerebral, el que exije más imperiosamente la sumisión eventual de los instintos primitivos y necesidades inferiores, a menos que condiciones anormales no vengan a contrariar el orden natural de las cosas. Es evidente, por ejemplo, que cuando un individuo está amenazado en su existencia misma, los instintos vitales vuelven a imponerse sobre las necesidades intelectuales; la inteligencia es puesta al servicio exclusivo de los primeros y se ve hasta reducida a la inactividad completa para permitir al individuo que se concentre en el punto amenazado.

Esto hará comprender el sentido que es preciso darle a la expresión "obediencia a las leyes naturales" que es la base de una moral positiva o racionalista y que no significa absolutamente, como algunos quieren suponerlo, una ciega sumisión del ser a todas las impulsiones instintivas que puedan turbar periódicamente la actividad consciente. Todos esos impulsos instintivos merecen sin embargo ser estudiados desde el punto de vista de su significación actual a fin que su comprensión sistemática no perjudique aun más al individuo que un asentimiento comprensivo.

Permítaseme insistir todavía sobre el hecho que la ley primordial que nos domina es la de los cambios electro-químicos. Nuestro impulso vital, nuestro apetito, nuestras aspiraciones, nuestros deseos, el mismo amor, no son sino aspectos diversos de esta ley única.

Sin duda nuestra imaginación nos permite colorear la necesidad fisiológica hasta el punto de ocultárnosla completamente, y por otra parte, tal instinto puramente animal puede formar el elemento primero de un sentimiento sintético en combinación con aspiraciones intelectuales o estéticas afirmándose con mayor evidencia.

El amor es uno de esos sentimientos sintéticos y con el análisis no pierde nada de la sublimidad con la que nuestro espíritu ha sabido cubrirlo. Sin duda es el sentimiento que tiende a unir dos seres igualmente desarrollados intelectual, moral y físicamente, en vista de perpetuarse en un nuevo ser dotado de aptitudes superiores; pero es también el instinto sexual primordial propendiendo a la fusión de dos células, por medio de los órganos con que ha dotado la naturaleza a los seres complejos. Sin ese instinto sexual que nadie parece despreciar, la comunión de los seres más evolucionados en vista de creaciones más perfectas sería imposible, en el estado actual de cosas. Si el sentido real del amor fuese mejor comprendido, se apercibiría pronto que la mayoría de nuestras convenciones sociales traban las uniones armoniosas y las selecciones útiles al perfeccionamiento y a la felicidad del género humano.

Mientras que el sentimiento del amor es de naturaleza biológica, el sentimiento de lo divino, despojado de los atributos con los cuales ha sido revestido por la imaginación y llevado así al deseo de abrazar el universo o fundirse en él, es de orden más general todavía y tiene su origen en la esencial actividad atómica. Ahora bien, no hay sino dos medios posibles para alcanzar lo universal; por la liberación de la energía encerrada en el átomo, volviendo así a la energía libre universal, fenómeno cuya posibilidad demuestran los descubrimientos concernientes a la radioactividad — y es la muerte de la materia — o por la incorporación gradual, por la absorción o la organización de esa energía esparcida — y es la vida, vida cósmica, vida telúrica, vida biológica, vida física, gracias a la cual nosotros podemos adquirir el conocimiento de las leyes y de las fuerzas universales y utilizarlas como extensiones de nuestra individualidad personal o colectiva. Así, por el fenómeno de la vida, el Dios puramente energético e indefinido que constituye la esencia universal de la naturaleza, se transforma en nosotros en el Dios consciente e intervencionista que las religiones han proyectado en el absoluto.

Es precisamente ese poder del cual disponemos que exije un exámen serio y profundo, tanto desde el punto de vista de sus orígenes como de sus consecuencias posibles, de las impulsiones que determinan nuestros actos. Nuestro subconsciente, como hemos visto, es una especie de pandemonium donde reside el ángel metafísico pero también la bestia ancestral. Si vamos a buscar allí nuestros motivos de acción, sin que la razón los justifique por medio de un criterio indiscutible, no estamos muy seguros de encontrar valores dignos del ser humano del siglo XX.

Sin duda nuestro subconsciente conserva más frescas las impresiones recientemente impuestas por una educación dogmática e intuitiva, poseyendo así un grupo importante de valores morales a los cuales creemos razonable obedecer. Pero la hora llega en que la inquietud de nuestro espíritu duda hasta de esos valores y exige su completa justificación. ¿Dónde encontrar ese criterio infalible de nuestros actos? Algunos reivindican una libertad completa, en la ignorancia en que se encuentran de ciertas leyes que los dominan y cuya involuntaria transgresión puede tener funestas consecuencias. Por otra parte, si ellos se dejan arrastrar por sus impulsiones sin controlarlas, ¿en qué son libres? "La libertad, dice Eugenio Bacha en *La loi des Créations*, está enteramente en la actividad y el esfuerzo del espíritu que se ingenia para ejecutar los mandamientos de la evolución natural". Si no desconfiara de las apariencias finalistas y espirituales, me uniría con gusto a esta definición tanto más que presenta una gran analogía con la que yo escribía en 1919: "La ley cuya única observancia puede dar al hombre la felicidad verdadera, porque es la única que le ordena una actividad en armonía con las fuerzas que lo dominan, consiste en colocarse siempre, como individuo y como miembro de la colectividad, en el sentido más favorable al fin que la naturaleza nos indica". Pero estas concepciones, muy justas en su idea fundamental, son erróneas en sus términos, porque, como dice el doctor J. Anglas, resumiendo las opiniones de los investigadores más concienzudos de nuestra época, "no se constata en la evolución finalidad ninguna, ni intenciones o tendencias a un perfeccionamiento obligado, en un sentido determinado" (2). Y es preciso que así sea, porque sino, ¿a qué serviría la inteligencia en la determinación de nuestros valores morales? Bastaría dejarse vivir. Si nosotros estamos incontestablemente dominados por fuerzas naturales, depende sin embargo de nuestra interpretación el hacerlas cooperar hacia una finalidad que determinaremos nosotros mismos según el estado más o menos avanzado de nuestra cultura. Mientras las hemos ignorado, hemos sido como los juguetes de esas fuerzas; y hoy, a pesar de que son conocidas por algunos, la colectividad continúa accionando más o menos como si ellas no existieran y sin comprender el sentido del malestar que sufre. ¿No convendría decir mejor que "la libertad consiste en encontrar, por el conocimiento de las leyes naturales, un criterio válido de nuestros actos y en determinar a éstos de conformidad con ese criterio?"

Poseemos ya una idea bastante completa de las condiciones que han producido la evolución de las especies, la de la especie humana en particular. Todas están bajo la dependencia del hecho que la vida es un fenómeno electro-químico. Vivir es reaccionar contra el medio exterior. Como a todos los seres vivientes, esta necesidad de acción se impone ineluctablemente al hombre. He aquí un determinismo primordial al que no podemos escapar. Pero, cada uno de nosotros no es sino un escalón del desarrollo del ser unicelular que se encuentra en el origen de la cadena de nuestros ascendientes. Vivir no es, por lo tanto, solamente accionar para sí, sino en vista de perpetuar los caracteres adquiridos por el efecto de nuestra misma actividad.

A medida que nuestras aptitudes para aferrar al mundo exterior se perfeccionan, nosotros transmitimos a nuestros descendientes aptitudes que les permiten perfeccionarse mejor. La vida no puede satisfacer al ser sino cuando le da la posibilidad de realizar ese potencial que, elementalmente, se encuentra expresado en el germen con una fórmula química (3).

Resulta de lo que precede, que cometemos un grave error cuando nos consideramos como individualidades espontáneas, cuando no somos, por un decir, sino una etapa de un ser en vías de evolución dinámica. Y de otro punto de vista, no estamos más aislados en el espacio, pues formamos parte de diversas agrupaciones de las cuales la más general es la humanidad colectiva, grupos cuya existencia importa o ha importado a la de los individuos que los componen, grupos, en fin, que tienen una vida propia, de la que la nuestra no es sino un elemento útil. Por otra parte, henos aquí en posesión de un doble criterio infalible, el interés de nuestra descendencia y el interés de nuestra colectividad. De allí dos tendencias contradictorias que están en perpetua busca de equilibrios, pero que predominan más o menos, por turno: el individualismo y el espíritu de sociabilidad. La historia de la evolución humana nos enseña, con exceso, que fué con el crecimiento de la inteligencia que nuestra especie ha progresado; es entonces en el mismo sentido que debe perseverar, para mantenerse a su nivel específico actual y para elevarlo todavía.

Por otra parte, las investigaciones biológicas nos hacen entrever otra ley cuyo conocimiento es para nosotros de una importancia capital. Es precisamente esa del dualismo fenomenal que hemos ya señalado. Jorge Eohn, profesor en la Sorbona, con experiencias minuciosas ha demostrado que, como consecuencia de su polarización, los seres vivientes presentan en su crecimiento oscilaciones en el espacio y en el tiempo, cuya dirección es previsible por cuanto cada una de ellas se opone a la precedente con una tendencia a la simetría y al equilibrio.

Esta ley biológica debe aplicarse necesariamente a todas las organizaciones humanas y a nuestras actividades psíquicas tanto como físicas. Es precisamente lo que ha establecido con claridad el historiador Eugenio Bacha en una obra titulada *La loi des Créations*, donde se expresa como sigue:

"La comparación de las evoluciones intelectuales más distintas me ha llevado a constatar que, en todos los dominios de la actividad, las revoluciones eran regulares; que todas eran debidas a la misma operación mecánica del espíritu; que la imaginación creadora, en el esfuerzo inventivo, cumplía siempre el mismo trabajo simple; que, por una necesidad misteriosa, concebía siempre la idea contradictoria a la que había determinado las realizaciones precedentes; que la ley de las creaciones era la sucesión de las contrarias, que, por las vías de la inteligencia, la naturaleza, que perseguía una finalidad muy clara en su obra continua, aseguraba un desarrollo de la vida humana por medio de creaciones antitéticas; que los hombres, cuyas invenciones en todos los dominios eran tan prodigiosamente variadas, eran los instrumentos inconscientes de esa voluntad natural; que ellos no tienen otra libertad que la de ejecutar la ley, es decir, realizar, en sus obras y sus artes, las concepciones elementales que toman vida; sin que lo sepa, por la fuerza de las cosas, en su facultad representativa.

"Así me ha parecido que la misma regularidad que reina en los movimientos de la materia inerte, reina también en los movimientos del espíritu; que la naturaleza, obrando en la humanidad, realiza un plan de acción, un propósito, una evolución de un orden admirable: que la prodigiosa fecundidad de esta naturaleza ha ocultado, hasta ahora, a la conciencia del mundo, que somos la inteligencia que la anima."

He querido reproducir los propios términos de Bacha. Ellos nos confirman la extensión sociológica de la ley biológica descubierta por J. Bohn. Pero al mismo tiempo le encontramos una interpretación finalista del fenómeno, de donde es fácil extraer un ejemplo del valor de racionalismo. Ante los hechos de los cuales Bacha ha deducido precipitadamente la existencia de una inteligencia que dirige nuestras actividades, el racionalismo ha quedado en la espectativa hasta el momento en que el descubrimiento de la polarización del átomo y de los seres vivientes, ha dado de esa aparente finalidad una explicación científica que no satisface tanto más cuanto que no se comprendía bien por qué la naturaleza o la providencia habría manifestado, según Bacha, tanta inteligencia en lo que concierne a la humanidad, mientras cometía tantos errores respecto a otras especies animales, de las cuales muchas han desaparecido en las más miserables condiciones (4).

La constatación de que en la base de las creaciones antitéticas, de las que Bacha nos hace en su libro el cuadro sujestivo, se encuentra un simple fenómeno eléctrico, nos procura la ventaja de no tener que poner en duda la soberana sabiduría de una divinidad cualquiera.

Pero el conocimiento de esta ley será para los hombres de un valor inesperado. Ella arroja una claridad vivísima sobre las revoluciones de nuestra historia, no hace comprender los hechos presentes y nos permite echar un sondaje en el porvenir.

Ella nos demuestra también la necesidad de encontrar a nuestras actividades una dirección, un equilibrio que reduzca al mínimum el efecto perturbador de las oscilaciones violentas y acelera así el progreso humano. Sobre la vía determinada por ella, la humanidad avanzará sin duda con alternativas de impulso dinámico y de irradiación espacial, pero con todo progresivamente en direcciones contradictorias donde sus esfuerzos deben fatalmente abortar.

Evidentemente no es ya posible hablar de los problemas morales y sociales sin tener en cuenta las grandes leyes primordiales de las que terminamos de hablar, bajo pena de ver nuestras conclusiones y nuestras conjeturas derrumbadas por su acción ineluctable. Su descubrimiento constituye uno de los hechos culminantes de la historia de la evolución humana; y, aunque las preocupaciones de orden inmediato acaparan la atención de la generalidad y le impiden darse cuenta de las causas del caos en el cual se debate la sociedad, se puede considerar las grandiosas consecuencias de su resonancia en el futuro.

JUAN MARECHAL

---

(1) Albert Mary. — *Les horizons du Physicisme.*

(2) J. Anglas. — *Les grandes questions biologiques depuis Darwin.*

(3) C. Brachet. — *La Science de la Vie.*

(4) André Cresson. — *La Position actuelle des Problemes philosophiques: "La selección automática basta para explicar sin ninguna providencia lo que parece más providencial".*

Sindicalismo y anarquismo

Es un viejo y trillado asunto el de las
aciones entre el movimiento obrero y
s partidos de progreso. Pero es asunto
empre de actualidad y lo será mientras
ya de una parte masas atormentadas
r necesidades urgentes e impulsadas
r aspiraciones, a veces ardientes pero
empre vagas e indeterminadas, a una
da mejor, y por la otra hombres y par-
os que tienen una especial concepción
l porvenir deseable y de los medios
s aptos para alcanzarlo y se esfuerzan
obtener la adhesión de las masas, sin
cual sus proyectos y sus esperanzas
an siempre irrealizables utopías. Y es
unto tanto más importante ahora que,
spués de las catástrofes de la guerra
de post-guerra, todos se preparan, aun-
e sólo sea espiritualmente, a reempren-
ender la actividad que debe seguir a la
ida de las tiranías, aun desenfrenadas
ro ya tambaleantes.

Por esto yo trataré de aclarar cuál, a
i modo de ver, debería ser la actitud
los anarquistas al respecto de las or-
anizaciones obreras.

Hoy, creo yo, no hay entre nosotros
inguno, o casi ninguno, que niegue la
ilidad y la necesidad de la organización
rera como medio de elevación material
moral de las masas, como campo fecun-
de propaganda y como fuerza indis-
ensable para la transformación social
que aspiramos. No hay ya ninguno que
comprenda cómo la organización de
s trabajadores, más que a todos, impor-
a nosotros, anarquistas, que creemos
e la nueva organización social no debe
puede ser impuesta con la fuerza de
nuevo gobierno, sino que debe resul-
r del libre concurso de todos. Por lo
más, el movimiento obrero es ahora
hecho imponente y universal, y com-
irlo sería hacerse cómplice de los opre-
es, como ignorarlo sería ponerse fuera
la vida popular y condenarse a la im-
encia perpetua.

Pero, aun estando todos, o casi todos,
acuerdo sobre la utilidad y sobre la
esidad para los anarquistas de partici-
r activamente en el movimiento obre-
y de ser sus fautores e iniciadores,
entimos a menudo entre nosotros acer-
del modo, las condiciones y los límites
esa participación.

Hay muchos compañeros que aspiran
hacer una sola cosa del movimiento
rero y del movimiento anarquista, y
nde pueden, como por ejemplo en Es-
aña y en la Argentina y también un
co en Italia, en Francia, en Alemania,
c., procuran dar a las organizaciones
reras un programa netamente anarquis-
. Son los que se llaman "anarco-sindica-
stas"; o, confundiéndose con otros que
rdaderamente no son anarquistas, to-
an el nombre de "sindicalistas revolu-
narios".

Es preciso explicarse sobre lo qué se
tiende por "sindicalismo".

Si se trata del porvenir deseado, esto
, si por sindicalismo se entiende la for-
a de organización social que debería
bstituir a la organización capitalista y
tatal, entonces o es lo mismo que anar-
uía y es por consiguiente una palabra
e sirve sólo para confundir las ideas, o
una cosa distinta de la anarquía y por
lo no puede ser aceptada por los anar-
uistas. En realidad, entre las ideas y
s propósitos para lo porvenir expuestos
r este o aquel sindicalista los hay ge-
inamente anarquistas, pero hay otros
e reproducen con otros nombres y otras
odalidades la estructura autoritaria que
la causa de los males que hoy lamen-
mos y por lo tanto nada tienen que
cer con la anarquía.

Pero no es del sindicalismo como siste-
a social que yo entiendo ocuparme aquí,
que no es él quien puede determinar
acción actual de los anarquistas rela-
amente al movimiento obrero.

Aquí se trata del movimiento obrero en
régimen capitalista y estatal y se com-
enden con el nombre de sindicalismo to-
as las organizaciones obreras, todos los
ndicatos", constituidos para resistir a
opresión de los patrones y disminuir
anular la explotación del trabajo hu-
ano por parte de los detentadores de
s materias primas y de los instrumentos
trabajo.

Ahora yo digo que estas organizaciones no pueden ser anarquistas y no es bueno pretender que ellas lo sean, porque si lo fuesen faltarían a su objetivo y no servirían a los fines que se proponen los anarquistas al participar en ellas.

El sindicato es hecho para defender hoy los intereses actuales de los trabajadores y mejorar sus condiciones lo más posible antes de que estén en condiciones de hacer la revolución y con ella hacer de los actuales asalariados libres trabajadores, libremente asociados para el bien de todos.

Para que el sindicato pueda servir a su propio fin y al mismo tiempo ser medio de educación y campo fecundo de propaganda para una radical transformación social futura, es necesario que recoja a todos los trabajadores, o al menos a todos aquellos trabajadores que aspiran a mejorar sus condiciones y que se consigue hacer capaces de una resistencia cualquiera contra los patrones. ¿Se quiere acaso esperar que los trabajadores se hayan vuelto anarquistas antes de invitarlos a organizarse y antes de admitirlos en la organización, invirtiendo así el orden natural de la propaganda y del desarrollo psicológico de los individuos y haciendo la organización de resistencia cuando ya no habría necesidad de ella porque ya la masa sería capaz de hacer la revolución? En este caso, el sindicato sería el duplicado del grupo anarquista y permanecería impotente para obtener mejoramientos o para hacer la revolución. ¿O se quiere escribir en el papel el programa anarquista y contentarse con una adhesión formal, inconsciente, y reunir así gente que sigue borreguilmente a los organizadores para luego dispersarse o pasarse al enemigo a la primera ocasión en que habría que mostrarse verdaderamente anarquistas?

El sindicalismo (me refiero al sindicalismo práctico y no al teórico que cada uno se forja a su modo) es, por su naturaleza, reformista. Todo lo que de él se puede esperar es que las reformas que pretende y consigue sean tales y obtenidas de tal modo que sirvan a la educación y a la preparación revolucionaria y dejen la vía abierta a siempre mayores pretensiones.

Toda fusión o confusión entre el movimiento anarquista y revolucionario y el movimiento sindicalista acaba, o haciendo al sindicato impotente para su fin específico, o atenuando, falseando y apagando el espíritu anarquista.

El sindicato puede surgir con programa socialista, revolucionario, anarquista, y hasta es con programas de este género que generalmente han nacido las varias organizaciones obreras. Pero ellas permanecen fieles al programa mientras son débiles e impotentes, es decir, mientras que, más que organismos aptos para una acción eficaz, son grupos de propaganda iniciados y animados por pocos hombres entusiastas y convencidos; pero luego, a medida que consiguen atraer a su seno la masa y adquirir la fuerza para demandar e imponer mejoramientos, el programa primitivo se vuelve fórmula vacía a la que no se mira ya, la táctica se adapta a las necesidades contingentes y los entusiastas de la primera hora o se adaptan ellos también o deben ceder el puesto a los hombres "prácticos", que miran al presente sin cuidarse de lo porvenir.

Ciertamente hay compañeros que aun estando en las primeras filas del movimiento sindical permanecen sinceramente anarquistas, como hay agrupamientos obreros que se inspiran en las ideas anarquistas. Pero sería crítica demasiado fácil el ir buscando los mil casos en que aquellos hombres y aquellos agrupamientos se ponen, en la práctica de todos los días, en contradicción con las ideas anarquistas. ¿Dura necesidad? De acuerdo. No se puede hacer anarquismo puro cuando se está obligado a tratar con los patrones y con las autoridades; no se puede dejar que las masas hagan por sí mismas cuando las masas se niegan a hacer y demandan, exigen jefes. ¿Pero por qué confundir el anarquismo con lo que no es anarquismo, y asumir nosotros, en cuanto anarquistas, la responsabilidad de las transacciones y de los acomodamientos necesarios precisamente por el hecho de que la masa no es anarquista, ni aun si pertenece a una organización que ha escrito el programa anarquista en su acta constitutiva?

* * *

A mi juicio, los anarquistas no deben querer que los sindicatos sean anarquistas, pero deben obrar en su seno en pro de los fines anarquistas, como individuos-como grupos, como federaciones de grupos. Del mismo modo que hay, o debería haber, grupos de estudio y de discusión, grupos para la propaganda escrita u oral entre el público, grupos cooperativos, grupos que obran en los talleres, en los campos, en los cuarteles, en las escuelas, etc., así deberíanse formar grupos especiales en las diversas organizaciones que hacen la lucha de clase.

Naturalmente, el ideal sería que todos fuesen anarquistas y que las organizaciones funcionasen de modo anarquista; pero es claro que entonces no sería necesario organizarse para la lucha contra los patrones, porque ya no los habría. Dadas las circunstancias cual son, dado el grado de desarrollo de las masas en cuyo seno se trabaja, los grupos anarquistas no deberían pretender que las organizaciones obrasen como si fuesen anarquistas, pero deberían esforzarse para que ellas se acercasen lo más posible a la táctica anarquista. Si por la vida de la organización y por las necesidades y la voluntad de los organizados es propiamente necesario transigir, ceder, llegar a contactos impuros con las autoridades y los patrones, que ello sea; pero que sea hecho por los otros y no por los anarquistas, cuya misión es la de mostrar la insuficiencia y la precariedad de todos los mejoramientos que se pueden obtener en el régimen capitalista e impulsar la lucha hacia soluciones siempre más radicales.

Los anarquistas en los sindicatos deberían luchar para que éstos queden abiertos a todos los trabajadores de cualquier opinión y de cualquier partido, con la sola condición de la solidaridad en la lucha contra los patrones; deberían oponerse al espíritu corporativo y a cualquiera pretensión de monopolio de organización y de trabajo. Deberían impedir que los sindicatos sirvan de instrumento a los politiqueros para fines electorales o de otro modo autoritarios, deberían predicar y practicar la acción directa, la descentralización, la autonomía, la libre iniciativa; deberían esforzarse para que los organizados aprendan a participar directamente en la vida de la organización y a no tener necesidad de jefes y de funcionarios permanentes.

Deberían, en suma, seguir siendo anarquistas, mantenerse a tono con los anarquistas y recordar que la organización obrera no es el fin, sino simplemente uno de los medios, aunque muy importante, para preparar el advenimiento de la anarquía.

ERRICO MALATESTA

El diario anarquista LA PROTESTA de Buenos Aires, no sé cómo se ha metido entre ceja y ceja la idea de que existe una corriente anarquista representada por Malatesta y por Fabbri, la cual querría organizar a los anarquistas en "Uniones puramente culturales", y se esfuerza en combatirla desde el punto de vista anarco-sindicalista.

Yo nunca he pensado y dicho una cosa semejante y sé que Fabbri está en el mismo caso mío.

Hay quien ha dicho que yo siempre he atribuido a las organizaciones anarquistas un fin prevalentemente revolucionario, insurreccional; y éste, aun sin aferrar en pleno mi pensamiento, ciertamente lo ha comprendido mejor que los compañeros argentinos.

E. M.

(De *Pensiero e Volontà*, Roma)

ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

IV

Lo que produjo por mucho tiempo un eclipse de la utopía, fué la vida pública ampliamente abierta desde fines del siglo XVIII, que ofreció medios más directos para propagar las ideas que la vía literaria de la utopía. Hubo al principio en Inglaterra la vida política intensa, folletos y periódicos, discursos y asociaciones; el año 1789 vió entrar en la vida pública de Francia, hasta entonces reservada a una élite, la burguesía entera y grandes partes del pueblo; las asambleas, los clubs, los periódicos, el folleto fueron medios directos para hacer oir mil ideas diversas, las situaciones cambiaban de día en día: no había tiempo, pues, para la utopía, aunque se perdiese mucho tiempo en bellas discusiones, en fraseología alegórica, imitación de los antiguos; pero eso eran novedades y se estaba ávido de ellas; se tenía bastante de un siglo de literatura en alusiones, en sátira hábilmente oculta. Por lo demás hay aún esto: se estaba fascinado por las constituciones y la legislación y se desconfiaba de las cuestiones sociales, puesto que había ya falta de víveres, hambre, carestía, especulaciones y acaparamiento y en esa situación y con una burguesía fortificada, que se enriquecía, no se deseaba más que verdaderas reformas sociales; el Estado intervino con la violencia, con la dictadura draconiana de los comités, pero tuvo tanto horror a los especuladores como a los hambrientos, a los acaparadores como a la ley agraria, y si se cortó la cabeza a los antiguos granjeros generales, se cortó también la cabeza a Babeuf, el único socialista que se mantenía en pie y que no disimuló sus opiniones tras ese vago ultrapatriotismo general de todo el mundo que se llamaría "aullar con los lobos".

La tierna flor de la utopía no pudo florecer en esas condiciones; no hubo más que una utopía cínica, que confirmaba el triunfo de la burguesía estrictamente antisocial; es el gran libro de Mercier de la Rivière, *L'heureuse nation ou Relations du Gouvernement des Féliciens*, 1792, del cual cito el título completo según la traducción alemana de 1794: *Die glückliche Nation, oder der Staat von Felizien. Ein Muster der vollkommensten Freiheit unter der unbedingten Herrschaft der Gesetze* (542 y 484 pág.). La forma utópica sirvió también a los reaccionarios y a los moderados para velar su polémica; ese es el origen de lo que yo llamaría la *anti-utopía*, que tiene por fin hacer tomar horror a una realización aparente y pretendida de ideas avanzadas: la reacción se sirve de ella continuamente. Entonces, por ejemplo, el realista Saleau publicó sus *Voyages en l'Air* (1791) y el Cousin Jacques (Beffroy de Reigny) su *Constitution de la Lune*, puesta en escena centenares de veces entre 1790 y 1796. Más tarde moderados como J. de Sales (*La République*, 1800) y aun el economista archiburgués Jean Baptiste Say (*Olbic, ou essai sur les moyens de reformer les mœurs d'une nation*, París, VIII, 1800) hicieron aparecer utopías incoloras.

Para alejarse del presente, se refugió de nuevo en el pasado. Sylvain Maréchal, el anarquista pastoral, el camarada de Babeuf, se puso a compilar los numerosos volúmenes de su *Voyages de Pythagoras*, mostrando las aspiraciones intelectuales de los antiguos y reunió los hombres libres en su gran *Dictionnaire des Athées*.

El imperio de Napoleón I no quería los autores, sabiéndose despreciado por los intelectuales a quienes llamaba *idéologos* y olfateaba la sátira por todas partes. Las utopías son, pues, muy raras y poco difundidas. Se confiscó completamente un libro, escrito, sin embargo, en honor de Napoleón, a quien los autores, Sponville y Bugnet, deseaban atribuir una misión de triunfador social tan grande como fué su misión de triunfador militar, — *La Philosophie du Rwarebohni* ... 1808; ha sido reimpresa en 1881: *La Rwarebohni* (la verdadera dicha, reeditada de acuerdo a un ejemplar escapado a la alta policía imperial... — *El sueño singular o la nación como no existe* (por Charles Hélion de Barbançois), París, 1808, VIII, 644 págs.; no existe más que el primer volumen en 25 ó 50 ejemplares. — *Les Voyages de Kang-hi ou Nouvelles Lettres Chinoises*, por M. de Levis, 1810,

segunda edición en 1812, conteniendo a París en 1910, es un libro reaccionario. — Ignoro lo que puede ser *Le vallon aérien ou relation du voyage d'un aéronaute dans un pays inconnu jusqu'au present, suivi de l'histoire de ses habitants et de la description de leurs mocurs*, por Mosneron (París, 1816, 12°) — es toda una utopía del tiempo de Napoleón I, que yo sepa, época que, es verdad, había visto los primeros escritos teóricos de Saint Simon y de Fourier, *Las Lettres d'un Habitant de Géneve* y la *Théorie des quatre mouvements*.

Sobre el resto del continente de Europa los duros tiempos hicieron extinguir la utopía y la sátira. Ese género fué bastante cultivado en los tiempos en que se esperaban reformas por la buena voluntad de los monarcas a ejemplo del emperador José II, que prosiguió una política de tolerancia religiosa, de anticlericalismo y de reformas de la situación de los campesinos y que atenuó también el régimen de la censura. Entonces, por ejemplo Sonnenfels se expresó a menudo en forma utópica, más tarde hubo Pezzl, Fessler y otros. El ejemplo francés creó un republicanismo alemán y cuando se vió a los otros países unificados, como Francia, la división de Alemania en centenares de pequeños Estados y ciudades, imitando cada cual de arriba a abajo la organización de un gran Estado autoritario, se volvió insoportable y hubo, bajo formas utópicas diversas, una literatura satírica muy numerosa por los Rebmann, los J. F. E. Albrech y muchos otros que quedaron desconocidos u olvidados. Esos escritos no han sido aun examinados con respecto a su contenido social eventual. Existe por ejemplo, *Reise eines Erdbewohners in den Mars*, 1790 (por K. J. Geiger), *Ini. Roman aus dem 21.Jarhhundert* por Julius von Voss (Berlin, 1810), un novelista conocido. Esa sátira se hace también por la descripción de pretendidos Estados o localidades habitadas por una población, y sobre todo gobernados por magistrados muy absurdos, es decir semejantes a los que existen realmente y a quienes se ridiculizaba así; ya los griegos habían creado esa forma, centralizando su sátira sobre *Abdera*, y Wieland, que conocía de cerca la vida de su localidad, Biberach, en la Alemania del sur, pequeña ciudad autónoma que formaba un pequeño Estado, la tomó como modelo para su *Historia de los Abderitas;* los *Schildbürger*, los habitantes de *Krahwinkel* (localidades ficticias que simbolizaban lo absurdo) fueron también objeto de risa continuamente, lo que en realidad expresaba el disgusto hacia los gobiernos contemporáneos. Otra forma para velar la crítica fué la *fábula de los animales*, sobre la base principalmente de ese reino animal constituído ya en la edad media por los autores que se recordaban de las fábulas de Esopo y de otros — forma antigua de crítica a los gobiernos y a las costumbres — y de las tradiciones populares muy antiguas sobre los animales y la verdadera naturaleza, datando de los tiempos prehistóricos en que el hombre no se sentía aún tan separado y por sobre la naturaleza como se siente desde que los sacerdotes lo separaron cuidadosamente de ella, pero cebilitándolo por esa aislamiento y sometiéndolo tanto más completamente a su dios autócrata. El reino de los animales, constituído así por la sátira de la edad media, con el elemento rebelde representado por el zorro, que los autores hacen sucumbir después de todo como buenos autoritarios que fueron — como el diablo es engañado al fin siempre — ese reino ofrece sin embargo un refugio a la utopía y a la sátira; al margen hay Estados de animales de pura invención, luego invenciones como las de Swift en sus *Viajes de Gulliver*.

La crítica en forma utópica ataca las *guerras* y los monarcas que hacen de ellas un juego entre sí. Existe una crítica vehemente en el libro *Le procés des trois rois: Louis XVI de France-Bourbon, Charles III d'Espagne-Bourbon et Georges III d Hanovre... plaidé au tribunal des puissances européennes* (Londres, 1780 1781: traducción alemana); el autor no es conocido, pero se cree que se encuentra en el número de los escritores franceses refugiados entonces en Londres. Hemos visto a Syvain Maréchal en su *Jugement dernier des Rois* (Ultimo juicio de los Reyes) acabar con ellos colocándolos en una isla desierta en donde estalla un volcán. De una manera más apacible procede el novelista C. F. Van der Velde en su novelita educativa *Die Heilung der Eroberungssucht*. (La curación de la pasión de conquista), 1818. Existe también *Le Retour du Siécle d'Or* (La vuelta del siglo de oro), por N. J. Sarrazin (Metz, 1816) y el *Voyage d'Erlelib* (Libertad)... Ginebra, 1822.

La novela del tiempo del Renacimiento, *Ardinghello* por el poeta alemán Heinse, 1787, termina por una pequeña utopía de corsarios libres en las islas griegas; otra novela muy difundida *Dy-Na-Sore*, por W. Fr. Meyern, 1787-91, se asocia al género de las monarquías orientales, simbólicas, cultivado por Wieland. El filósofo Fichte escribió en 1800 *Der geschlossene Handelstaat*, sin ningún cuadro utópico, pero que es una construcción de Estado. Un filósofo austriaco, poco advertido en su tiempo, pero estudiado después por Bernhard Bolzano, escribió *Von besten Staat* (Del mejor Estado). — véase el estudio de C. Horacek, *B. B. ein seine Utopie Vom besten Staat*", en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus*, II, págs. 68-97, 1911).

El poeta Klopstock eligió la forma utópica para *Die deutsche Gelehrtenrepublik, Ihre Einrichtug, ihre Gesetze*... (La República de los sabios alemanes. Su Instauración, sus leyes...). Hamburgo, 1774. Ignoro el tenor de *Le monde des Emiles* (de acuerdo al *Emilio* de Roussea) *ou l'education sociale* (París, 1820). Entre buen número de escritos de fantasía y de sátira menciono *The Travels into Carnovirin, Tanpinera, Olfactaria und Andilante in New Zealand*... (Viaje a C... en la Nueva Zelandia, en la isla de Felicia y en el reiso poderoso de Lujo, Volupto, en el gran continente austral), por H. Bowman (Londres, 1778); — *The Empire of the Nairs* (El imperio de los Nairs — en las Indias — o los derechos de las mujeres, novela utópica) por James Laurence (Londres, 1811), obra leída por Shelley; — a la sátira pertenece *The Man in the Moon*... (El hombre en la luna o viajes en las regiones de la luna, por el hombre del pueblo). Londres, 1783, por William Thomson, que es también el autor del libro curioso *Mammuth*... (Londres, 1789); *Armata*, en dos partes, por Lord Erskine, en otro tiempo un abogado famoso, 1817; — *Travels in Phrenologasto*..., 1825, por John Trotter. — Entre los numerosos escritos que no he podido ver están por ejemplo, A. Benda, *Die Felizier*, 1827 y también en 1848 y en extracto en 1863; — J. C. Friederichs, *Dämonische Reisen in alle Welt*... (Tubingia, 1847), véase *Zeitschrift für Bücherfreunde*, diciembre de 1895; en pocas palabras, el género no se extinguió, pero desempeña un papel más débil al lado de la literatura inmensa *directa* de crítica y de renovación política y social.

Son, en efecto, los grandes medios de acción más directa los que hacen inútil la vía por un rodeo que es propio de la enseñanza utópica. Sobre todo en Inglaterra desde el tiempo de John Wilkes y de Junius, de Thomas Paine y de Godwin, de Byron y de Shelley, los hombres volvieron a emplear verdaderamente su lenguaje franco y la *propaganda popular nació en una vasta escala*. Hubo libros como los *Derechos del hombre y la edad de la razón*, de Thomas Paine, que, en los años de la revolución francesa correspondían al interés creciente que ese gran cambio promovió en Inglaterra; numerosos escritos democráticos y de libre pensamiento fueron difundidos entonces a pesar de todas las persecuciones, por editores tenaces y valerosos, por las asociaciones y por los propagandistas aislados inaprensibles. Eso hizo verdaderamente entrar esas ideas en las filas de los artesanos y de los pequeñoe burgueses de las ciudades y creó el radicalismo, más tarde canalizado en el chartismo.

También entonces se mostró el primer socialista-propagandista, que fué Thomas Spence. Un socialista muy inteligente antes de él, Robert Wallace (1697-1781), autor de un libro socialista muy reflexivo publicado en 1761, quedó aun desapercibido. Thomas Spence (1750-1814) tenía el verdadero espíritu del propagandista; fué uno que inspirado, sea por su conciencia de hombre libre, sea por el ejemplo de la propaganda religiosa que desde el origen de las iglesias no oficiales en el siglo XVII se dirigía por medio de numerosos predicadores privados, al margen de toda carrera oficial, directamente al público en un local cualquiera o bien al aire libre — adoptó medios semejantes para la propaganda de las ideas socialistas: la arenga al pueblo, la venta de sus folletos, un periodiquito lleno de los escritos más avanzados, pequeñas utopías, conferencias — imprimió también piezas de cobre, semejantes a dos centavos, conteniendo un recuerdo en estilo lapidario de sus ideas y algunos emblemas. Tuvo una organización de propagandistas spenceaños que continuó después de su muerte. Existe de él una descripción utópica de su república futura: *The Marine Republic* (La república marina, una descripción de Spensonia) y *La Constitución de Spensonia, un país en el país de las hadas, situado entre la Utopía y la Oceana*... (1795-1801), pero esas utopías no son aquí más que un *accesorio de la propaganda*, un medio entre otros diversos, y ese es el puesto que ocupan en lo sucesivo por mucho tiempo las utopías en la propaganda socialista.

Se había visto el ejemplo de la revolución francesa y americana antes y los grandes cambios por las guerras de 1792 a 1815; se vió la enorme modificación de la vida social por el sistema industrial moderno, pues las máquinas se difunden por doquier, y el comercio mundial nacía, todo eso sin obstáculos, en los años de la paz después de 1815, años que vieron aun el derrumbe de la potencia secular absoluta de España, desde México a la Argentina, y que vieron a Australia — la *tierra austral* de las utopías del siglo XVIII aun — poblarse rápidamente, aunque no fuese, al principio, más que con los criminales deportados de Inglaterra. *Entonces* se concibió también la fe en una realización directa del socialismo, que de las nubes de la utopía bajó a la tierra y se hizo ver por el estudio económico, por el llamado vibrante al corazón de los hombres, por la organización paciente de las masas, por el grupo vivo de la agitación popular, y por la conspiración y la rebelión, no frecuentes entonces ni en Inglaterra ni en Francia. En ese gran florecimiento la utopía directa desaparece, se proclamó su socialismo más directamente, pero la utopía que yo llamaría indirecta, artificial, la utopía que demostraba un sistema social ya establecido, esa utopía renacía, aunque no en gran escala, pues había demasiado que hacer con la propaganda directa.

Así, ante todo, el deseo del *experimento* reemplazó a la utopía, se ardía de impaciencia por realizar las ideas en carne y hueso, en el momento. Robert Owen explicó cien veces sus ideas del modo más elaborado e hizo lo posible por verificarlas en New Lanark en New Harmony, más tarde aun les consagró un enorme esfuerzo, pero no se tomó el trabajo de escribir una sola línea de una utopía, que yo sepa; lo mismo hicieron Saint Simon y Pierre Leroux, lo mismo Fourier, aunque este último vivía en la utopía teórica a que su fantasía dió la plasticidad de una utopía real, — entrevió cambios futuros en las diversas etapas del perfeccionamiento social que pertenecen a la más pura utopía. Esos fundadores del socialismo moderno no tenían, pues, ninguna inclinación a escribir utopías: sus ideas les han parecido dignas de realización y necesitadas de una aplicación mucho más práctica, representada por ellos, no por una imposición forzada, por una dictadura, sino al contrario, por el ensayo en proporción conveniente, por el *experimento*.

Es verdaderamente curioso y el colmo del ridículo el que más tarde hombres de la escuela de Marx y Engels y ellos mismos, que no soñaban más que en imponer sus sistemas por la *dictadura*, se hayan atrevido a llamar a ese método brutal y que choca con toda ciencia, socialismo *científico*, mientras que llaman a los fundadores del socialismo mencionados, experimentalistas que se conformaban, pues, con el método de la ciencia, *utopistas*, queriendo decir con ese término fantasistas, hombres desprovistos de la menor idea de ciencia! *Utopía y comunidad experimental* (falansterio, colonia, etc.) están en la misma relación que *hipótesis y experimento* y ambos están en el radio de la ciencia. Dictadura — es nada; es la fuerza bruta que impone tanto un zar como un Marx o un Lenin, como un Mussolini cualquiera, el *manganello*. La revolución social, desencadenamiento de las incalculables fuerzas visibles y latentes, verá probablemente uno y otro, esfuerzos de dictadura y esfuerzos de experimento, peusto que las dos tendencias — ¡y cuántas otras entre ellas! — son representadas por fuerzas vivas de las que nadie puede calcular la fuerza en el momento desconocido de la gran crisis. La sociedad arrastrada a la ruina por dictadura, será salvada por el espíritu que presida el experimento, el espíritu de la ciencia. Esperemos que eso suceda, gracias al esfuerzo para crear una mentalidad que permita pasar por encima el atavismo dictatorial.

Paso a las utopías más notables del socialismo naciente, después de la *Marseillaise Republic, Spensonia*, de Thomas Spence, América, donde se seguía entonces de cerca el radicalismo inglés, produjo 1801-2 una utopía socialista muy notable, publicada en *The Temple of Reason*, una publicación periódica de Filadelfia y escrita por su redactor John Driscol. Apareció en libro: *Equality, or History of Lithconia*, Filadelfia, 1837, y aun en 1848 y 1889 (Boston); fué conocida en Europa sólo en 1838 por numerosos extractos en el *New Moral World*, el gran órgano owenista. Fué esa, quizás, la última de las grandes utopías antiguas, o bien inauguraba las utopías modernas; ha sido muy poco estudiada. Otro producto americano independiente es *The Paradis within the reach of all Men*.... (El paraíso obtenible para cada hombre, sin trabajo, por las potencias de la naturaleza y de la maquinaria), por J. A. Etzler (Pittsburg, Pennsylvania, 1883, reimpresa en Londres, 1836; traducción alemana, 18... Es, sin cuadro utópico (sueño o viaje imaginario), una descripción utópica de una nueva América transformada en paraíso humano por la maquinaria centralizada y las potencias de la naturaleza en manos de grupos de hombres libres. Después hubo — creo yo — muy pocas utopías en América del Norte, pues que entonces se decidía uno antes que escribir un libro, a fundar una comunidad por sí-mismo: en efecto, hubo, sobre todo en 1840-50, un gran número de grupos experimentadores, productos del comunismo religioso, *Shakers, Rappites*, etc., después impulsados por las ideas de Robert Owen, New Harmony, etc. en 1820-30, por los fourieristas sobre todo en 1840-50, por el comunismo de Cabet y de Weitling en 1850-60, por los individualistas anarquistas, Josiah Warren y otros, etc. Muchas de esas colonias han dejado algunas narraciones escritas en periódicos y otras pequeñas publicaciones, hoy inencontrables; algunas series de periódicos de larga han sobrevivido, sobre todo los famosos periódicos de los intelectuales de New England, que urieron las ideas trascendentalistas de Brook Farm, cuya vida ha sido descripta similicamente en la novela *The Blithedale Romance*, del famoso autor Nathaniel Hawthorne, 1852, y con los cuales David Henry Thoreau estuvo en relaciones; el libro *Walden*, su vida en los bosques, una utopía del verdadero individualismo que vive su vida propia. Otros periódicos notables fueron *Die Republik der Arbeiter*, por Weitling, donde son contados los esfuerzos de los experimentalistas comunistas alemanes en 1850-60, después periódicos de los icarianos, que duraron aproximadamente una treintena de años en fin, un viejo americano que pasó su vida en comunidades, Alconder Langlois publicó desde 1880 a 1910 aproximadamente, *The Altruist* en Saint Louis, otro americano, Noyes, escribió, en 18... la historia *de los socialismos americanos* dando la historia de un gran número de grupos, sirviéndose le las notas de un tal cocés que había tenido la idea durante numerosos años de vivir la vida de esos grupos, la de unos después de la de otros y relatar la historia de ellos en sus notas personales. Noyes mismo perteneció a la Oneida Community. La utopía vivida es pues, tan accesible, por ejemplo en *Modern Times*, a no gran distancia de New York mismo, que hasta el tiempo de Bellamy, en 1887, la utopía escrita, según pienso, estuvo muy poco en boga en los Estados Unidos.

Max Nettlau

(Concluirá)

LA PROTESTA
SUSCRIPCION MENSUAL, DIARIO
SUPLEMENTO, $ 2.— m|n.
SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.
POR AÑO — PAGO ADELANTADO